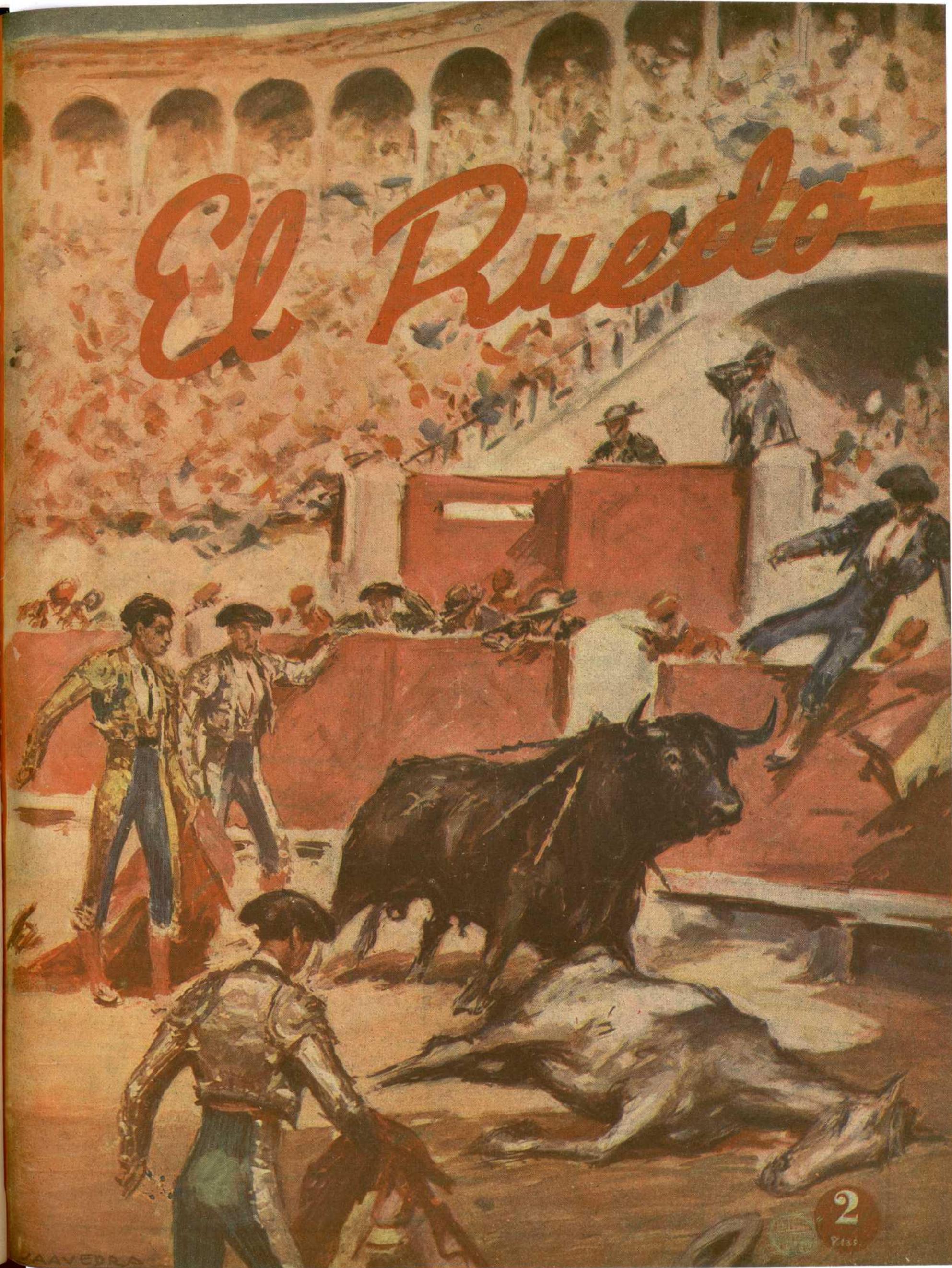


El Ruedo





Ovación y vuelta al ruedo



Director: MANUEL CASANOVA

El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28. — Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26. — Telef. 214460

Año V - Madrid, 15 de enero de 1948 - N.º 186

A nosotros no nos gusta ese pase que se ha dado en llamar «mirando al tendido», y que en Méjico denominan «viendo al público». Mas ésta es una opinión personal, que no debe contar, naturalmente, con mayor prima que la de quienes mantengan la contraria. Al fin y al cabo, siempre será bueno todo aquello que se practique bien. La explicación de nuestro voto en contra de ese pase de «la indiferencia» o del «desprecio» se basa en la creencia de que el buen lidiador no debe nunca perderle la cara al toro. Es un pase que no demuestra ni más valor ni más arte que los pases ya clásicos; que, a nuestro juicio, no es bonito, y que nunca es posible acabarlo de una manera perfecta, porque la primera preocupación del torero, una vez que lo ha dado, es buscar rápidamente dónde ha quedado la cabeza del toro —que se ha perdido de vista, porque la vista está puesta en el tendido— para poder continuar la faena. En el mejor caso, es un pase —como se dice en el «targot» taurino— de «tragarse». Y lo que pudo ser en momento determinado una genialidad o un destello de inspiración de un gran torero, ha llegado a ese «venir a menos», sin sabor ni olor, que es el justo castigo de los sucedáneos.

Hoy, el pase «mirando al tendido» lo da cualquiera.

Pero he aquí que cuando nos hacíamos la ilusión de que en la temporada que se avecina iba a prodigarse menos, convencidos, al fin, los toreros de que la innovación no demostraba nada importante; a ese pase «mirando al tendido»

CADA SEMANA

Ya hay una novedad en el pase «mirando al tendido»

Procuna, en un pase «mirando a «Cantinflas»



«Chatito Mora» en un pase «mirando al tendido»
(Fotos Cifra-Estos, exclusivas para EL RUEDO)

se le abren unas posibilidades inmensas. La segunda de las fotografías que ilustran esta página es de Luis Procuna en una corrida celebrada en Méjico el 25 de diciembre próximo pasado, y cuyo «pie» dice así: «Luis Procuna al dar un pase «mirando a «Cantinflas», al que le brindó esta faena».

Es decir, que el pase «mirando al tendido» se ha transformado ventajosamente.

Ahora, esa sola denominación no querrá decir nada. Ahora será necesario precisar más: «mirando a don Fulano», «mirando a don Mengano», «mirando a Pepe» o «mirando a mi tía Enriqueta». Con lo cual los toreros pueden ampliar el área de sus cortesías, que hasta ahora quedaban limitadas al brindis a la hora de matar. Ahora, en cada faena de muleta puede haber muchos brindis. Casi tantos como pases. Y los revisteros escrupulosos de la estadística tendrán que confrontar sus notas con la información que les proporcionen el matador o los banderilleros acerca de los «espectadores» de esa manera distinguidos.

Acaso en esta nueva modalidad del pase «mirando a...» haya influido la Radio, con sus vanidades ingenuas: «Dedico esta canción a mis amigos tales o cuales, que me están escuchando.» De cualquier manera, del pase «viendo al público» ya no será fácil prescindir.

Los toreros tendrán así la oportunidad de quedar bien con esos amigos fieles, seguidores a corridas absurdas, que se envanecen de haber penetrado en el círculo de la intimidad de una figura famosa; la que, cuando se le pregunta acerca de quién es Fulano o Mengano, suele contestar, con un gesto entre aburrido y desdenoso: «¡Ah, sí; es un pelmazo; pero no hay más remedio que darle «coba». Y hacen el clásico guiño de «estar de vuelta».

Esta iniciativa de Procuna es un nuevo mercado que se abre al pase «mirando al tendido». ¡Ahí es nada! ¡Conquistar un nuevo mercado! ¡Casi por lo que se hacen las guerras...!

El pase «mirando al tendido» es ya algo más que una innovación taurina. Es casi una idea. Resignémonos...

AYER Y HOY

Por ANTONIO CASERO



—Entonces, los toreros daban postin y realce
a la fiesta de San Antón...

ANTONIO CASERO

¿Un museo taurino en Madrid?

PARECE que en el seno de la Diputación Provincial de Madrid, propietaria de la primera Plaza de Toros de España —y, por consiguiente, del mundo—, ha surgido la iniciativa, que acaso pronto tenga estado oficial, de organizar y fundar un museo taurino. Aunque la idea no es nueva, el propósito, si se convierte en realidad, puede ser muy interesante. Es indudable que en Madrid hay elementos para organizar esta exposición que deberá tener carácter permanente —para ir incrementándose con el tiempo— y que podría llegar a ser la más completa de las que se han hecho en ese orden. El Ayuntamiento de Sevilla dispuso, en la primavera de 1945, en el palacio mudéjar de la Plaza de España, un museo o exposición del arte del toreo. Fué un éxito completo. En el libro de don Luis Toro Buiza, «Sevilla en el arte del toreo», al que me he referido en estas páginas recientemente, se recogen los aspectos más importantes de aquel certamen. Trajes de toreros, cabezas de toros famosos —el que mató a «Pepe-Hillo»—, figuras talladas, grabados de diversas épocas que marcan la evolución en el atuendo de los lidiadores, composiciones escultóricas de distintas fases de la lidia y reproducción de matadores célebres —como una figura policromada de «Costillares», propiedad de la casa ducal del Infantado—, óleos que son magníficas estampas de época, láminas goyescas, retratos, un códice muy curioso de «advertencias sobre la forma de torear», programas antiguos, billetes de entrada a las Plazas, cartas y contratos de toreros, carteles, chaquetillas —la de «Reverte», entre otras—, el último traje que usó Fuentes, el capote del «Espartero» y el vestido de luces que llevaba el día de su cogida y muerte, capas de paseo, objetos varios y multitud de cuadros y dibujos componían la exposición sevillana. La diversidad de donantes ocasionales obligó a que ese conjunto fuese puramente transitorio.

Probablemente, si se hiciera en Madrid un museo con carácter de permanencia, nacería menos nutrido; pero una dirección inteligente y tenaz y el patrocinio de la Corporación provincial podría ir enriqueciendo las piezas, hasta llegar a una verdadera riqueza museal. Ahora, cuando se manifiesta un evidente y natural deseo de historiar, de evocar el pasado, esta reunión de recuerdos y testimonios tendría, de seguro, una muy favorable acogida. En alguna de las dependencias de la Plaza de Madrid, o en edificio cercano a la misma, podría emplazarse el museo, cuya regiduría —sin perjuicio de la tutela de la Diputación o el Patronato que se crease— debería atribuirse a persona de reconocida afición y competencia. Hay museos particulares, los ha habido de tipo circunstancial, como el sevillano. Madrid, como capital y centro de las actividades taurinas, puede hacer algo que supere lo que hasta ahora se ha hecho, en este sentido. El estudio del pintor Federico Echevarría, en Bilbao, es un auténtico museo del toreo. Lo preside un retrato póstumo de «Manolete», del propio Echevarría, que es, sin duda, una de las mejores obras suyas y uno de los lienzos que mejor recogen la figura y el carácter —traza y espíritu— del coloso cordobés. Por cierto, que este óleo se exhibirá en Madrid dentro de pocos días, al mismo tiempo que una escultura del notable artista Emilio Laiz. Está en el salón pequeño de exposiciones de la Asociación de la Prensa; el retrato, en una popular galería de la

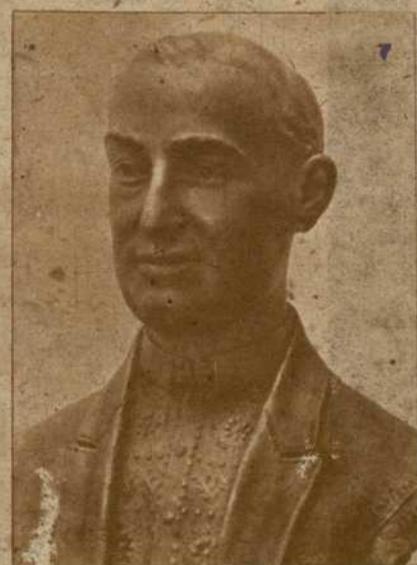


Es e cuadro de Vázquez Díaz parece ser que estaba destinado a ser colocado en la Plaza de Toros de Madrid

Gran Vía. El torero, en la evocación del pintor vasco, está en actitud de dar la vuelta al ruedo. Y en su rostro esa melancolía que le era característica: la ausencia de la sonrisa en el momento de triunfo, que tanto se comentó en vida del gran torero.

Por lo demás, en la colección de Echevarría hay capotillos, carteles, entre ellos uno muy interesante de 1773; recuerdos personales de casi todos los espadas contemporáneos. De «Manolete», hay muchas cosas, porque era gran amigo del artista que las ha reunido. Es un museo particular. Sólo lo conocen los íntimos del pintor. Si se incrementa, y llega a tener más objetos taurinos, puede convertirse en museo público. En otras residencias y casas de aficionados hay conatos de museo, colecciones curiosas. Falta el de carácter oficial. La exposición de Sevilla fué esporádica. Lo de Echevarría, como lo de otros españoles aficionados a reunir recuerdos del toreo, es una iniciación. El gran museo taurino se debe hacer en Madrid. Si la Diputación lo patrocina, es seguro que llegará a ser el mejor del mundo.

FRANCISCO CASARES



¿Será ocasión ahora de cumplir el viejo acuerdo de erigir un busto a la memoria de «Jossellto»?

El famoso matador de toros ANTONIO BIENVENIDA

se encuentra de regreso en Madrid, después de su triunfal excursión artística por tierras americanas



Antonio Bienvenida, acompañado de su padre, don Manuel Mejías, al dejar el avión que lo trajo a Barajas, es saludado por un grupo de amigos que acudieron a recibirlos.
(Foto Cau)

ANTONIO Bienvenida está de regreso en España. Viene de Lima, con el alma henchida de satisfacción ante las demostraciones de admiración recibidas y con el contento de haber culminado una de las temporadas más felices que recuerdan los anales del éxito. En las páginas de EL RUEDO palpitan aún las pruebas gráficas de su mantenido triunfo en cuantas corridas tomó parte. Insistir sobre el número y calidad de los trofeos conquistados no es necesario. La reiteración sobra. Los aficionados, curtidos en el arte de discernir sobre la verdad de las referencias artísticas, en materia taurina, tienen hecho ya un acabado resumen de la espléndida jira de este torero. Y ha servido en mucho, para que la unánime opinión no vacile en su juicio, la expresión escrita de los más famosos cronistas limeños, al afirmar en carta pública: «Antonio Bienvenida no imita a nadie, y de ahí que, libre de influencias, no podría decirse que tiende a la escuela sevilla-

na ni a la rondeña. Si Belmonte creó una modalidad, que quedó como básica, y "Manolete" otra, no menos grandiosa, Antonio Bienvenida ha creado una propia expresión para su arte, genial y exclusiva, plena de matices, de colorido, de bellena y, acaso, de espiritualidad. Sin hipérbolo, decimos que, al finar esta temporada, la muleta de Antonio Bienvenida queda ondeando en el palo de la bandera de nuestra Plaza de Acho y permanecerá en ella enhiesta, soberbia, gallarda, como símbolo de un arte incommovible y eterno.»

Si este rotundo juicio ha sido suscrito por todos los periodistas de Lima en un documento colectivo que tenemos a la vista, ¿qué más nos puede decir Antonio Bienvenida de su actuación por tierras peruanas?

Por ello, al saludante a su llegada, prescindimos del obligado cuestionario, para exigir de su sencilla amabilidad que nos regalase algunas anécdotas de su feliz excursión. Y Antonio Bienvenida, con ese su tono fácil y honesto con que se expresa en su intimidad, nos cuenta:

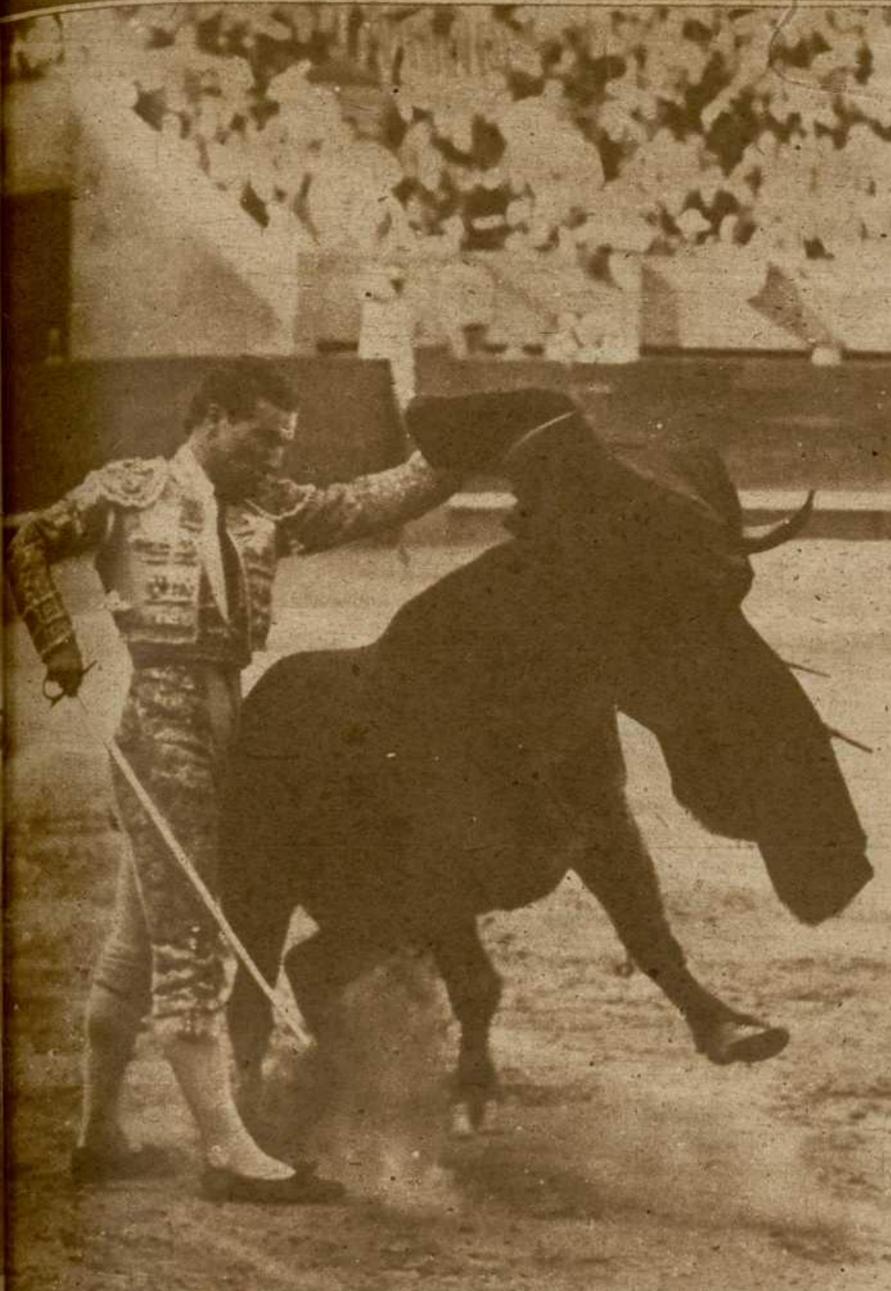
Una ensalada a bordo con un auténtico salvaje

—Íbamos volando hacia Buenos Aires, en un aparato de la F. A. M. A. El viaje era sencillamente encantador. La señorita de servicio se desvivía por atender al pasajero. Alguien habló de lo buena que resultaría una ensalada a bordo. A poco nos servían una ensalada de palmitos. La amable solicitud hizo estallar el regocijo. Y a nuestras manifestaciones de contento, acudió, atraído por la curiosidad, uno de los pilotos de reserva, de nacionalidad argentina. Entablamos la obligada y elemental conversación, y antes de que pudiera aludirse a nuestra condición de toreros, mi banderillero Antonio Checa preguntó al piloto:

- ¿Le gustan las corridas de toros?
- No—contestó en tono afectuoso.
- Seguramente, habrá visto pocos toros—replicó Checa—, porque en otro caso no me lo explico.
- No he presenciado más que uno de esos espectáculos y ha sido en Madrid, recientemente. Por cierto, que el salvaje se mató seis toros...
- Pues ese salvaje soy yo.
- Y me presenté seguidamente.
- No sé si sería coincidencia; pero fué tal la contracción



Lapida que se conserva en la dehesa Huango, propiedad del ganadero señor Graña, en la que aparece estampada la mano derecha del coloso de Córdoba, junto con su firma.
(Foto Antonio Bienvenida)



Un pase de pecho con la izquierda de Antonio Bienvenida, en la tarde que estoqueó seis toros en Lima, conquistando el mayor triunfo de su vida torera

pasado, traté de explicar: «No; si yo iba bien. Lo que pasa es que estoy acostumbrado a braccar con la izquierda y quise cambiar de mano...»

La mano derecha de «Manolete» está en Lima

La reverencia, llena de místico fervor, que se guarda a la memoria de «Manolete» en Lima, no es para descrita. En marzo de 1946, con motivo de celebrarse «la tienta» en la finca «Huando» —modelo de dehesa que nada tiene que envidiar a las mejores de España—, asistió el llorado compañero, reciente sus éxitos en Acho. El ganadero, para perpetuar el recuerdo del visitante, ordenó a sus albañiles que colocaran a la entrada del caserío una plancha de cemento, donde habrían de quedar estampadas la fecha y la firma del torero español.

Manolo quiso corresponder a esta galantería, y aprovechando que el cemento aun estaba fresco, estampó su mano derecha como huella de su gratitud y de su contento. Y allí quedó la reliquia taurina.

De todas las hondas emociones que recibí en mi reciente viaje, sinceramente ninguna llegó a impresionarme tan profundamente como esa lápida, en la que la mano derecha que tantas veces engañó a la Muerte con su juego genial aparecía allí, abierta a todas las esperanzas, como un mandato que se atreviese a hacer frente a la Fatalidad.

Y le hice esta foto, que con el mejor deseo dedico hoy a EL RUEDO.

Recogidas estas tres sencillas anécdotas del reciente viaje triunfal de Antonio Bienvenida por tierras americanas, no nos queda más que reiterar nuestra salutación al popularísimo artista, augurándole los éxitos más halagadores, en la temporada de 1948, en todos los ruedos de España.

A. E.



de pesar de aquel piloto, que el aparato pareció entrar en un bache.

La «leika», el amor propio y un serio peligro de morir ahogado

—No todos han sido motivos de satisfacción. Hubo un momento en que seriamente estuve a punto de perder la vida.

—¿Alguna voltereta aparatosa?

—Peor. Estaba descansando unos días en la hermosa finca de «La Viña». Una tarde, después de torear unas vacas con el propietario y prócer ganadero don Fernando Graña, para quien el arte del torero no tiene secretos, decidimos atravesar a nado el lago que rodea el magnífico cortijo, al objeto de tomar desde la orilla opuesta unas fotos. Los nadadores éramos tres: Fernando, la señorita Marta Cubligan y yo. Convinimos en que, dada la extensión a salvar, cada uno llevara un rato la «leika». Confieso que soy un nadador que está muy lejos de tutear a Manolo Martínez; pero es tal el concepto de superación que rodea al torero, que se me asignó el tercer lugar en el turno de descanso, y lo acepté por aquello de la negra nonrilla. Efectivamente, primero llevó la máquina la señorita; luego, Braña, y al fin, me vi obligado a bucear con una sola mano. A poco, la distancia que me separaba de la orilla parecía como si se burlase de mí, colocándose más lejos. Me fué invadiendo un pánico incomprensible, y mis fuerzas se fueron anulando. Claramente vi de cerca la muerte. No lo quiero recordar. No sé qué vería mi amigo en mí, ya que ni fuerza, tuve para pedir auxilio, y milagrosamente llegó a mi lado y me prestó ayuda, salvándome de un peligro cierto. Y lo curioso del caso fué que, ya en la orilla, lejos de reconocer lo que me había



Muerte del célebre toro «Eniperador», de La Viña, tras un magno volapé de Antonio Bienvenida

TORERILLOS EN LA MARISMA

EL MIEDO A LO DESCONOCIDO

QUIÉN es este chava? «El Mani». ¿Y este otro? «Maoliyo el Estornúo». ¿Y aquél? Espere usted un momentito. ¡Caray! ¿Cómo se llamará ese zagal? Nada, que no me acuerdo. ¡Esta repodría memoria! ¡Ah! Ya; sí, hombre: se llama «el Merengue».

—¿Y adónde van esos zagales?

—A torear.

—Sí; es posible. Por lo pronto, los tres, al andar, parece que están haciendo el paseíllo en la Plaza. ¡Mire usted «Maoliyo» cómo bracea! Cuando mueve los brazos, hace con ellos tanto aire que se menean las hojas de los árboles. Y «el Mani» lleva el capotillo con muchísima repajolera gracia. Y ¿quién los ha contratado?

—Ellos se han «hecho empresa». Y hoy torear en este cercado; mañana, en aquel pueblo... Y comen «de hotel». Un puñado de uvas de los majuelos de los caminos, o de «jigos» chumbos, un trago de agua de los «menantiales» serranos, y a buscar al toro.

—¿Y siempre viajan así?

—No. Algunas veces viajan en coches-camas, o sea en los techos de los vagones, o en primera, en el carro de algún campesino que, al verlos aspeados, les ha ofrecido su artificio rechinante. Y es lo que le ha dicho al carrero «Maoliyo»: Cuando ellos sean «mataores» de cartel, y tengan montones de billetes y se los rifen las gachis, tendrán en cuenta la buena acción de aquel hombre.

—¿Qué hace ahora «el Merengue»?

—Le da una chupada al cigarro, y luego se lo entrega al «Mani», y éste chupa hasta que le llega el humo a los zancajos, y se lo ofrece a «Maoliyo». A esto se le podía dar un nombre de película: «Una colilla para tres».

—Estos muchachos están haciendo el aprendizaje de toreros. Cuando pasan por un pueblecito o aldea, las vecinas atrancan las puertas, recogen las gallinas —la gallina que se va de casa, pronto la hurtan— y acallan, a palos, al gallo fanfarrón que, sin darse cuenta del peligro que corre con su «¡Quiquiriquí!...», canta en el corral, al paso de los famélicos torerillos. ¿Ve usted cómo se relame, al oírlo, «el Merengue»?

—Sí.

—Es que la imaginación del hambriento ve al avecica desplumada y en la cazuela. Ya se la han

repartido: a «Maoliyo», los muslos y la cresta; al «Merengue», la cabeza y el buche, y al «Mani», los restos. Al decir esto, uno de los aficionados aspira con fruición el aire. Es que ha olido la «fritá».

—Pero es más difícil matar un gallo en la aldea que torear un toro en el campo.

—¿Por qué?

—La cosa es sencilla. Porque si el toro se defiende con sus cuernos, al gallo lo defiende la escopeta del aldeano o la tranca del labriego.

—Mala vida la de estos aficionados. Durmiendo al relente, abriendo la boca para no tragar más que aire, mirados de reojo y con desconfianza por todo el mundo... Sin tener más que el día y la noche.

—Pero poseen un tesoro, que es la juventud. El «Gueerra», viejo, rico, y lleno de estimación y de gloria, al ver a los chavaes, decía, con un dejo de envidia, que todo, dinero, gloria y bienestar, lo cambiaba por la juventud. Y argüía: ¡Veinte años «es-núo»!

—La verdad es que esos zagales que van con el capotillo por la Marisma buscando las reses para torearlas, y así, poder un día «varear las moneas», pueden ser —si tienen condiciones y la suerte les ayuda— el comienzo de un linaje. Con éstas y otras peripecias de hoy, escribirán mañana los escritores sus biografías. Pero tienen que tirar sus vidas en ese hoyo de la suerte, que es, o trágica mueca, o graciosa sonrisa.

—Pero lo que hacen ¡es temerario!

—Todo depende de que triunfen o no. Si fracasan, locos; si triunfan, genios. Ya lo dice Bancos Candamo:



*«Solo a las temeridades
las sentencia la fortuna,
pues con juicio desigual,
hace que el nombre les den:
de hazaña, si salen bien,
y de locura, si mal.»*

—Todo lo dignifica y engrandece el éxito, amigo. El que atranca la puerta al fracasado, la abre de par en par al triunfador; el que lo despreció, lo adulará; el que lo tachó de loco, lo llamará sabio; las peripecias, que son bochorno y vergüenza en los días malos, serán anécdotas curiosas en los días de triunfo. ¡Oye usted hablar al «Merengue», a «Maoliyo» y a «Mani»?

—Sí.

—¿Qué dicen?

—Nada. Cosas triviales, anodinas, sin relieve.

—Pues si mañana triunfan, esas mismas palabras serán sentencias profundas, y el vulgo dirá que encierran grande secretos y que son dignas de meditar. Cualquier patochada del triunfador es oída con reverencia.

—Pero ¡hay tanto obstáculo!

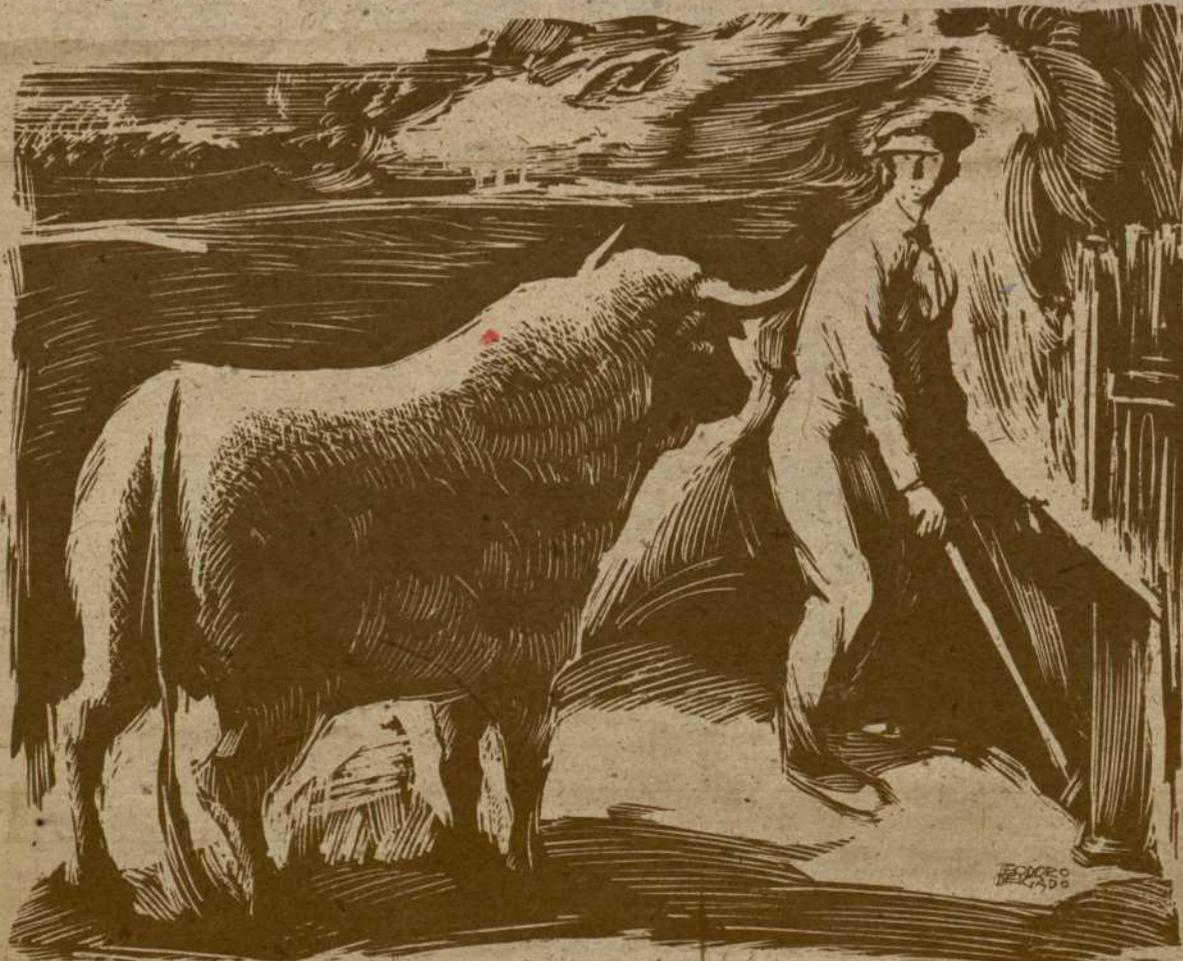
—Esos aficionados los vencen con el valor. Porque si son terribles las tarascadas de los toros, también son peligrosísimas las que da la vida. A veces lo que más nos asusta es lo desconocido. ¿Quiere usted que le cuente un sucedido?

—Si no es muy largo...

—No; es corto. Les ocurrió a esos tres zagales: al «Merengue», a «Maoliyo» y al «Mani». Una noche estaban en un cercado toreado unos toros de esos que alargan el pescuezo cuando sienten en sus carnes el estoque. Los tres torerillos, sin más luz que la de la luna, se habían liado los toros al cuerpo, como un niño lía un trompo, y les habían hecho faenas que, si la hacen en una Plaza, las palmas se están oyendo todavía. Cuando, derrochando valor, cansados, se fueron a reposar a un torviscal y a contarse sus hazañas, los tres compañeros oyeron un ruidillo en las retamas. Se pusieron en pie. ¿Qué sería aquéll? Estaban asustados, sin moverse. De pronto vieron salir de las retamas a un perrillo, el del guarda, que parecía un boliche.

—¡Menudo susto nos has dao!—afirmó «Maoliyo». Y los tres chavaes que acababan de torear en el cercado a unos toros peligrosísimos, haciendo alardes de valor y de sangre fría, habían temblado de un perro pequeño.

—No, no; los muchachos no habían tenido miedo al perro. Ellos habían tenido miedo a lo desconocido.



LA "PENULTIMA" DE "MANOLETE"



En la «penúltima» de «Manolete», en Santander, en el callejón se caza una capa del diestro cordobés, que ha sido rota por un toro
(Foto Samol)

EL poeta francés Estéfano Mallarmé escribió sobre el tema de «La penúltima» una página alucinada. Para el gran simbolista, la «penúltima» era una palabra mágica, de encantamiento, y nos cuenta cómo cierto día le quedó obsesiva, indeleble, sonándole todas las cuerdas íntimas de sus sílabas con una vibración misteriosa que él complicaba con la visión de un instrumento músico en un escaparate. Sobre este tema de la «penúltima» mallarmeana se ha divagado mucho, y no es fácil que ni Mallarmé ni sus exegetas puedan olvidar, aunque sea en el limbo de lo subconsciente, el significado agorero de la fática palabra. Porque hay algo más pavoroso que el fin, y es el presagio, la inminencia, la antesala del fin. Generalmente ignorada, la hora penúltima nos conmueve, sin embargo, con el zumbido del bordón del instrumento que sentimos temblar, sin que sepamos a qué invisible brisa obedece.

¿Por qué tanto empeño en no faltar a la corrida del 26 de agosto pasado en Santander? Ver torear a «Manolete» no era cosa fácil en los últimos años, y mucho menos para los que residíamos en ciudad donde, a lo sumo, podía gozarse una sola vez, y esto en fiesta benéfica, con la consiguiente secuela de especulación estrapélica. Por otra parte, estaba anunciado su propósito, al parecer, no apócrifo, de retirarse, y cabía pensar que fuera la última ocasión de tensar nuestros nervios a la alta afinación que su toreo estrádivario exigía. El hecho es que yo acudí a la Plaza de mi bautismo y confirmaciones gloriosas de aficionado con la ilusión de ver algo memorable y de no dejar escapar esguince ni revuelo.

La corrida no fué mala, y si salimos un tanto mustios, culpese a la melancolía del desenlace inevitable para el buen aficionado y a la ilimitada esperanza de lo que soñábamos ver. La corrida, pese a la buena voluntad de Belmonte y «Rovira», estaba centrada en «Manolete». Y Manolo, como era en él habitual, hizo todo lo que pudo, entregándose seriamente a sus toros, que no permitieron las hazañas de las tardes de excepción. Era los toros de Rogelio del Corral, y eran toros grandes, gordos, bien criados, sin mayores dificultades; pero de desesperante sosería. El primero llegó aplomado al último tercio, y el otro resultó un bicho manso, huído, con querencia invencible a las tablas.

«Manolete», que toreó bien de capa, le hizo al primero una faena magistral, de las que, por prodigar con tanta generosidad, no eran siempre evaluadas en todo lo que valían. No faltaron los naturales, ni los redondos con la derecha, ni los tirones en zigzag y al paso, ni los altos y de pecho, ni las manoleras, (¡manoleras, sí, y no esa horrible e indigna chocolatina de «manoletinas»!). Tampoco la gran estocada dando el hombro. ¿Por qué se daba tan escasa importancia al arte de estoquear de «Manolete»? El gran torero cordobés inició su carrera fulgurante más bien como heredero de «Machaquito»



«Manolete» descabellando
(Foto Garcasánchez)

«Manolete» firma autógrafos en plena calle, sobre el guardabarros de su coche
(Foto Cifra)



que como legatario de «Lagartijo» el Grande. La estocada de «Manolete» era una maravilla de finura, de arte y aroma seco, de verdad taurina. Y ahí está su muerte, que vino a su encuentro, no en un pase de los de su escuela y manera, donde difícilmente le podía sobrevénir percance, ni era fácil que en la primera embestida, antes de una posible recogida, le hiriese el toro más arriba de la rodilla, sino en el golpe brutal del cuerno, que ensarta a la primera cortando la línea recta y despaciosa del pundonor descubierto.

En el quinto toro, que iba a resultar su penúltimo de matador sin contrapartida, se obstinó en torear en el tercio. Una, dos, tres veces, después de laboriosas faenas de «extracción», ayudado por sus peones, el gran torero inició faena de suave y ceñida recogida en los vuelos de la muleta, y otras tantas veces, el toro, cobarde, se le escapó por la derecha a las tablas. Ante la impaciencia del público, «Manolete», cuyo error técnico era disculpable, en su afán de encontrar sitio para la faena brillante que proyectaba, no pudo contener gestos de disgusto y de justificación por la testaruda mansedumbre del fugitivo. Ya en tablas, le trasteó brevemente y le mató pronto y bien. Y «Manolete» salió de la Plaza, por última vez, incólume, después de su «penúltima», camino de Linares.

Tres días después, periódicos y radio insistían con dolorosa evidencia en hacernos creer lo increíble, la tragedia de la «última». Tardamos, no ya horas, sino días, si no en creerlo, pues que habíamos de rendirnos a la evidencia, sí en comprenderlo y admitirlo. «Manolete», el torero de una época, al que habíamos saludado poéticamente en epístola llena de buen humor y felices augurios, cuatro años antes, epístola que él había recibido en Santander también y escuchado de labios del mejor amigo y exegeta poético y taurómaco a quienes podíamos confiar el encargo (y el lector ya ha traducido el único nombre posible), «Manolete», nuestro querido, admirado y debatido maestro, había entrado en la definitiva historia por la puerta grande, por la puerta de la sangre. Y el último toro de la última corrida peleó con él para vengar a sus hermanos, logrando el fatal equilibrio de la balanza. Y un escalofrío retrospectivo se apoderaba de cuantos contempláms, quizá, en algún momento, asaltados de alguna idea de frivolidad, el ensayo general, con todo, de la tragedia: la «penúltima» de «Manolete»

GERARDO DIEGO

¿Hará Pepín Martín Vázquez "Currito de la Cruz"?



NOS parece un acierto que el cine español acuda a este estupendo abrevadero de poesía, de luz, de color y de esencias raciales que es la Fiesta Nacional de los toros. Y un acierto aun mayor, pleno, rotundo, prometededor de todo género de venturas, ha sido el de la prestigiosa Cifesa, al poner su vista aquilina en el popularísimo diestro sevillano Pepín Martín Vázquez para encarnar la figura central, hondamente humana, emotiva y españolísima, de "Currito de la Cruz", en una nueva versión que no sólo será la admiración de toda España, sino del mundo entero.

Por los corrillos literarios, taurinos y cinematográficos se ha extendido la noticia estos días como reguero de pólvora, constituyendo el pasto de todas las conversaciones. Verdaderas autoridades en la materia auguran un definitivo éxito a la nueva produc-

ción. Al sevillanísimo Pepín Martín Vázquez lo juzgan que ni hecho de encargo para darle a "Currito de la Cruz" la vida y el relieve debidos, para borrar y desmentir el maliz de "españolada", porque al famoso torero macareno se le han hecho unas pruebas, descubriéndose en él un verdadero manantial de virtudes cinematográficas.

Ya tenemos aquí la película de toros que estaba por hacer. Es decir, la película de España, la que no podía ni debía escapársele de las manos al cine español, para mayor esplendor y gloria nuestra dentro y fuera de nuestras fronteras.

En el ruedo ibérico de los toros está todo el color nacional, la gran cantera de la nueva doctrina cinematográfica. En la luminosa Fiesta torera, en la que toma parte la vida entera del pueblo, hay cuanto pueda apetecer el cine: el argumento, lleno de calidades humanas; el color, la bravura, la belleza, la emoción... Ahora, garantizada por Cifesa, prestigiada por la experta dirección de Luis Lucía y avalada por la interesantísima figura del gran torero Pepín Martín Vázquez, al que se le acaban de hacer fabulosas proposiciones, la cámara va a penetrar con hondura y verdad en la Fiesta, para desentrañar la alegría y la pasión, la gracia y el movimiento, la humanidad y el poder sugestivo que encierra.

¿Aceptarán el genial torero hacer la nueva película "Currito de la Cruz"?

Tema fabuloso, rico en matices, que Cifesa quiere recoger con exquisito tacto y buen gusto. Estamos seguros de que la nueva versión de "Currito de la Cruz", dada la abundancia de medios y la colaboración valiosísima del torero macareno, tendrá una importancia decisiva para la universalidad de nuestro cine.

FELIPE TRILLO

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



DECIAMOS el último jueves que con «Gitanillo de Triana» y Rovira nos inclinábamos a achacar el cruento balance de la temporada de 1947 a la fatalidad, la suerte o el destino. «Cualquier cosa —escribíamos—, menos reducir —intentar reducir, escribimos ahora— a fórmulas tanto hechos imponderables como juegan en los toros para decidir el éxito o el fracaso, la fortuna o la tragedia.»

Días después, «Selipe», el admirado colega que realiza la crítica en «Semana», se hace esta pregunta: «¿Debemos relacionar el carácter cruento y trágico de la temporada de 1947 con el hecho evidente de la presencia

en los ruedos de un toro más cuajado?» Y se responde a continuación: «Aparte las eventualidades, tan copiosas en las suertes de la lidia, fuerza es establecer alguna relación entre la calidad del enemigo y los dolorosos percances de las víctimas.»

Estas palabras de «Selipe», que seguramente no tienen intención de réplica a las nuestras, representan, sin duda, una opinión, tan estimable por haber sido expuesta por él como por interpretar el sentimiento de la mayor parte de los aficionados de antes de la guerra y aun de los de después: pero aun reconociéndolo así, no habremos de cejar en nuestra idea de que las tragedias taurinas, que jamás dejaron pasar un solo año sin marcarlo con su huella sangrienta y mortal, se producen esporádicamente, de tal forma que por su mayor número, e por haber elegido sus víctimas entre diestros de excepcional relieve, dejan un imborrable y dramático recuerdo. Es fácil retener en la memoria aquellos años en los que, como en el 21, cayó un «Joselito», o como en el 22, cayeron «Varellito» y Granero, y en el 31, «Curro Puya», y en el 34, Sánchez Mejías, y en el 47, «Manolete»; pero ya no es tan fácil recordar las fechas en que se rindieron vidas casi anónimas, sin otra repercusión que las momentáneas del caso y las de ocupar una línea cada una en las frías estadísticas de los anuncios taurinos.

Por otra parte, y aquí hemos de hacer más hincapié, ninguna de las cogidas mortales que por desgracia presenciáramos tuvieron una relación directa con el tamaño del toro, ni mucho menos con la cuestión de los terrenos que actualmente suelen pisar los diestros. Ya decíamos que «Manolete» fué mortalmente herido al ejecutar el volapié, suerte que nada se ha modificado, en su buena ejecución, como consecuencia de los actuales estilos. A mayor abundamiento, el fuere crítico de Radio Nacional en Barcelona, Gallego Alonso, en su bellísima y emocionante disertación sobre «Manolete» en el teatro Fontalba, nos probó cumplidamente cómo todas, o casi todas las abundantes cogidas que sufrió el inolvidable diestro cordobés en sus ocho años de alternativa, se produjeron en suertes al margen del toro estático y ceñido: la cogida que causó la muerte al coloso de Gelves no la causó un toro grande, aunque sí de sentido; pero, en cambio, no se produjo en un momento en que el diestro estuviese toreando ceñidamente, y las de Granero y «Gavira», y las de los novilleros «Ocejito» y Félix Almagro, que presenciáramos, tampoco son imputables a las causas señaladas. No digamos de otras, que al azar recordamos, de los tiempos actuales, como la de Casarrubios, alcanzada cuando daba espaldas al toro, ciertamente herido en lo alto, o la de Mamolo Cortés, perdiendo pie en un hoyo del ruedo, o la de «Moreno de San Bernardo», sacado del burladero por el toro.

Y llegamos al punto culminante que se plantea «Selipe» en «Semana», y con él muchísimos aficionados, y que es, ni más ni menos, que si ante la probable presencia del toro con años y trapío se podrá realizar el toro que, en torno a «Manolete», ha llegado a ser normal desde el año 39, y afirmamos, con el firme propósito de demostrarlo otro día, que sí se podrá. Será preciso, sin duda, que en ciertos toros, en los que lo necesitan, se ejecuten con más prodigalidad ciertos pases —enseñados como por nadie por Domingo Ortega—, para reducir a los toros a la embestida imprescindible para sostener una forma de toro que ya no podrá desaparecer, sin gravísimo perjuicio de la Fiesta.



GANADEROS DE ANTAÑO

EL CONDE DE SANTA COLOMA



El conde de Santa Coloma en su primera época de ganadero

«Bravío», de Santa Coloma. Uno de los toros más bravos lidiados en la Plaza de Madrid. ¡Si ahora saliese algún «Bravío»!...

hermano, el marqués de Albaserrada, esta última procedencia—crió y lidió el conde, por separado, con éxitos indiscutibles, en los cuales influyeron no poco la escrupulosa selección y los radicales expurgos, con objeto de desechar sin piedad reses mediocres, y aun muchas francamente buenas, y quedarse exclusivamente con la flor.

Con los toros más afamados compitieron los de Santa Coloma, resaltando infinidad de veces la presentación y buenas condiciones de éstos sobre los de otras clásicas y acreditadas vacadas.

Desde la primera vez que a su nombre se corrieron toros en Madrid—17 de mayo de 1908, con divisa azul y encarnada— hasta que se deshizo de la ganadería, dió el conde tal cantidad de toros bravos, cuya lista sería interminable.

Pero, sin embargo, no pasaremos por alto un bravísimo bicho, quizá el mejor encastado—el más fiero, el más codicioso y más crecido al castigo—de cuantos por esas Plazas vimos, a lo largo de nuestra ya dilatada vida de aficionados.

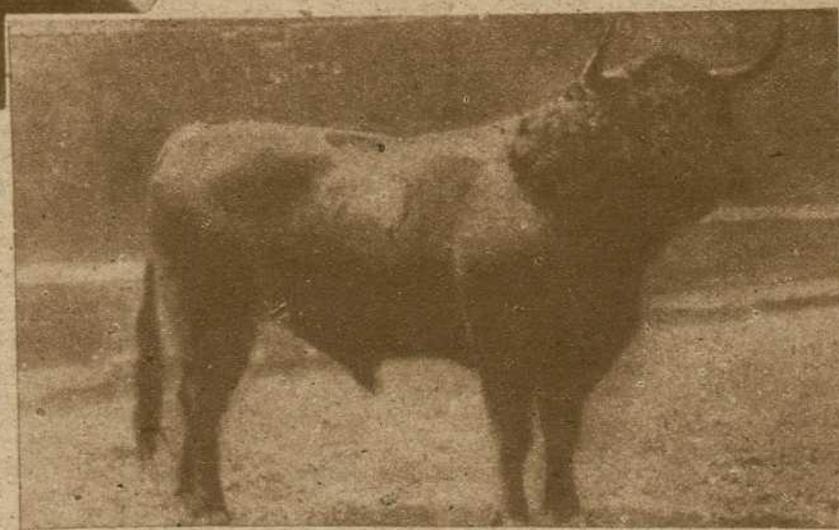
Se llamó «Bravío», y se lidió en segundo lugar la tarde del 11 de mayo de 1919 en la Plaza de la carretera de Aragón, en cuyo festejo alternaron «Malla», «Saleri-II» y «Camará».

Estaban anunciados seis toros del conde de Santa Coloma, pero por haber llegado uno inútil,

se completó la corrida con otro de Bañuelos.

Llegada la hora del previo examen de las reses, los veterinarios, tras mirar y remirar a «Bravío», sacaron la conclusión de que carecía del trapío indispensable para lidiarse en la Plaza de Madrid. Presente el conde en aquel reconocimiento, se opuso al dictamen de los técnicos, sosteniendo enérgicamente que el toro tenía de sobra cuantos requisitos y condiciones zootécnicas exigían los preceptos reglamentarios, y amenazando, si prevalecía el erróneo criterio de los facultativos, con retirar los demás toros. Convencidos los veterinarios por las razonadas explicaciones del ganadero, transigieron, al fin, y el bicho se sorteó y enchiqueró.

Terciado el toro—para aquella época—, fino de cabos, marcado con el número 70, de pelo negro y con la cara y el cuello rizados, salió «Bravío» a la arena como una tromba. Arrancó siete veces desde largo a los caballos, y cuanto más fuerte le pegaban



los picadores más furiosamente acometía. La sangre manaba a borbotones del morrillo, chorreando por las pezuñas de «Bravío», que, no obstante, seguía entero, pronto, bravo, ágil y manteniendo siempre la ofensiva contra todo lo que se le ponía por delante.

A un toro de esa bravura solamente «Gallito» hubiera podido dominarle y reducirle a la impotencia. Para «Saleri II», torero hábil, lidiador de muchos recursos y diestro completísimo, «Bravío» fué la espina que mayor dolor le causó, y seguramente el único toro que en su larga y brillante carrera le trajo más aperreado.

Por el prestigio del conde de Santa Coloma como ganadero, resultó elegido para la presidencia de la Unión de Criadores de Toros de Lidia, al cesar el duque de Veragua, cargo que hubo de ostentar hasta la venta de su ganadería.

El año 1932 pasó la acreditadísima vacada a otras manos. A las del vecino de Sevilla y actual poseedor, don Joaquín Buendía. Pero ya, de la formidable cantera de toros bravos que fué en poder de la viuda de Murube, Ibarra y Santa Coloma, no volvió a salir ningún «Bravío». Ni tan siquiera una ligera aproximación.

AREVA

«Gallito» en un momento de la gran faena realizada el 23 de mayo de 1917, en Madrid, con un bravo y auténtico «barbas» del conde de Santa Coloma



DIJIMOS en otra ocasión que hay nombres de ganaderos que difícilmente se olvidan. Y entre ellos está el conde de Santa Coloma, famoso criador de principios del actual siglo, el que cerca de veintisiete años mantuvo en todo su esplendor el puro linaje de sus toros, alcanzando para la divisa de los mismos envidiable celebridad y el máximo prestigio.

El conde de Santa Coloma, excelente aficionado y concienzudo ganadero, llegó a tener un cartel verdaderamente excepcional. Los públicos se entusiasmaron contemplando la bravura y docilidad de los toros que criaba; los ases del torero—especialmente «Gallito» y Belmonte—los toreaban con agrado casi todas las temporadas en Madrid y ferias principales, y numerosos criadores buscaron con ahínco sementales de Santa Coloma, para formar nuevas vacadas uncs, para refrescar la sangre de las suyas otras, y para cruzar viejas y agotadas ganaderías con la savia brava y noble de estos toros los más.

De buen tronco procedía la vacada adquirida el año 1905 por el conde de Santa Coloma, pues era originaria nada menos que de dos porciones desgajadas del árbol de Vistahermosa.

Por un lado, de la rama Juan Domínguez Ortiz, conocido por «El Barbero de Utrera», heredada por su hijo político, José Arias Saavedra, que cedió al señor Murube una punta de vacas y becerros, y por otra, de la rama Salvador Vera—Ignacio Martín—, Pedro Lesaca—Pedro José Picavea de Lesaca, viuda de Lesaca—, José Picavea de Lesaca, que enseñó bastantes reses a Manuel Suárez, con las cuales formó éste magnífica ganadería, que a su fallecimiento, en 1850, pasó por mitad a sus hijos Manuela y Manuel Suárez Cordero, adquiriendo la parte de este último, en 1863, la viuda de Murube, doña Dolores Monge.

Fusionadas ambas porciones—aumentadas con 200 hembras y 50 machos de igual casta por compra posterior al repetido señor Arias Saavedra—, la ganadería de doña Dolores Monge, asentada en término de Los Palacios, provincia de Sevilla, conquistó bien pronto gran reputación, lidiándose toros por primera vez en Madrid a nombre de dicha señora, con divisa rosa y caña, el día 7 de abril de 1868.

En 1884 vendió la viuda de Murube la mitad de las reses al conocido hacendado sevillano don Eduardo Ibarra, cediendo la otra mitad a su hijo, don Faustino.

La parte de Ibarra, cuya presentación en la Plaza de Madrid data del 8 de febrero de 1885, no tardó en imponerse por la alegría y finura de sus toros. Los «ibarreños», así denominados por el público, se distinguieron además por su nobleza y trapío, su proporcionada construcción, su rápido arranque y poderoso empuje y por lo fáciles que resultaban en todas las suertes.

Don Eduardo Ibarra cuidó con extremo celo la ganadería, y durante los diecinueve años que se corrieron toros a su nombre dió notables ejemplares, que aumentaron más aún la fama que ya de antiguo disfrutaban.

Al deshacerse de la vacada el señor Ibarra, en 1904, hizo dos lotes, que fueron comprados por don Fernando Parladé y don Manuel Fernández Peña. Y este último, al año siguiente, cedió su parte al conde de Santa Coloma, quien adicionó después a la torada una punta de reses «esaqueñas», compradas al marqués del Saltillo, oriundas asimismo de Vistahermosa.

De las líneas Murube y Saltillo—hasta que sobre los años 15 ó 16 vendió a su

La "guerra de las naranjas", o una corrida en Bucareli

BIEN advertirá el lector que la «guerra de las naranjas», de que voy a ocuparme, no es aquella que Godoy —juguete de Napoleón— movió en 1801 contra Portugal con el fin de que esta nación vecina abandonase su alianza con Inglaterra. No. Ni pico tan alto, ni EL RUEDO tiene sus columnas para dar cabida a cosas ajenas a los toros.

Aclarado esto, quiero decir que pocas riquezas igualan a la del acervo de la Historia y que es muy interesante la documentación que guardan los archivos anecdóticos de la misma, a los cuales recurro una vez más para dar, con ingredientes de tinta y papel, noticia de una pintoresca corrida celebrada en la mejicana Plaza de Bucareli con fecha 14 de noviembre de 1897.

Un inciso: aquella Plaza de Toros que existió en la capital de Méjico llevó tal nombre en memoria de don Antonio María Bucareli y Ursúa, quien, durante el reinado de Carlos III, fué gobernador de dicho país cuando aun era nuestro, y dejó memoria imperecedera por la admirable gestión que realizó.

De la Plaza de Bucareli había sido propietario y empresario el matador de toros mejicano Ponciano Díez y Salinas, y al fallecer éste, el 15 de abril de 1897, atendieron el negocio por espacio de algún tiempo el general Ceballos y un comerciante apellidado Gutiérrez, según nos tiene dicho nuestro admirado amigo y compañero el ilustre «Roque Solares Tacubac» en uno de los sustanciosos trabajos suyos que viene publicando la revista mejicana «La Fiesta».

Pues bien, digo yo: los señores Ceballos y Gutiérrez contrataron para la temporada de 1897-98 a los espadas españoles Mazzantini y «Villita»; pero como éstos no hicieron su presentación hasta el 12 de diciembre, actuaron antes en dicho circo taurino otros tereros de menos relieve artístico, entre ellos, Manuel Nieto, «Gorete», y José Machío Trigo, quienes, en la expresada fecha (14 de noviembre) se comprometieron a estoquear cuatro toros de la hacienda de Piedras Negras, ganadería que no disfrutaba entonces del prestigio que luego alcanzó, merced a las cruces efectuadas con sementales españoles.

Se llenó la Plaza por ver a «Gorete», diestro que, si no era una notabilidad, había disfrutado de cierta reputación como novillero; había tomado aquel año la alternativa en Badajoz (el 16 de agosto), y contaba en su abono con unas lucidas actuaciones en La Habana antes de caer en el país de Moctezuma.

No defraudó el buen Manuel Nieto a los mejicanos en aquella ocasión, pues si bien se portó con su primer astado, mejor estuvo con su segundo, y

hombre de excelente humor como era, puede asegurarse que se jalearía a sí mismo con jocosas frases y que no serían menos alegres las que profririera para comentar los lances registrados en tal corrida.

Uno de ellos fué el ocurrido durante la lidia del séptimo toro.

—¿Cómo el séptimo —preguntarán los lectores—, si la Fiesta se componía de la lidia de cuatro?

Esperen, que ahora voy: tan mansos resultaron los bichos de Piedras Negras, que fueron devueltos tres al corral, y por eso hacía el número siete el último que selidió, cuando los espectadores estaban ya roncos de tanto gritar a voz en cuello.

El documento informativo de que me valgo para trazar estas líneas dice a propósito de la manse dumbre de tales bichos:

*El cuarto, el quinto y
[el sexto,
los tres se echaron al
[cesto
por no servir para el
[caso.
¡Pues, señores, vaya un
[caso!
¡Pero qué bonito es
[esto!*

Mas, para cosa bonita, la que vino después.

No se les había agotado a los concurrentes el aliento de tanto gritar, aun conservaban la suficiente fuerza fonética para meterse con José Machío Trigo, al enfrentarse éste con el referido séptimo toro, y como le vieran pinchar hasta cinco veces, empezaron a lanzar naranjas al ruedo con un brío que hubiera amedrentado a otro torero que no fuera el repetido José, el cual demostró sus agallas con lo realizado a continuación.

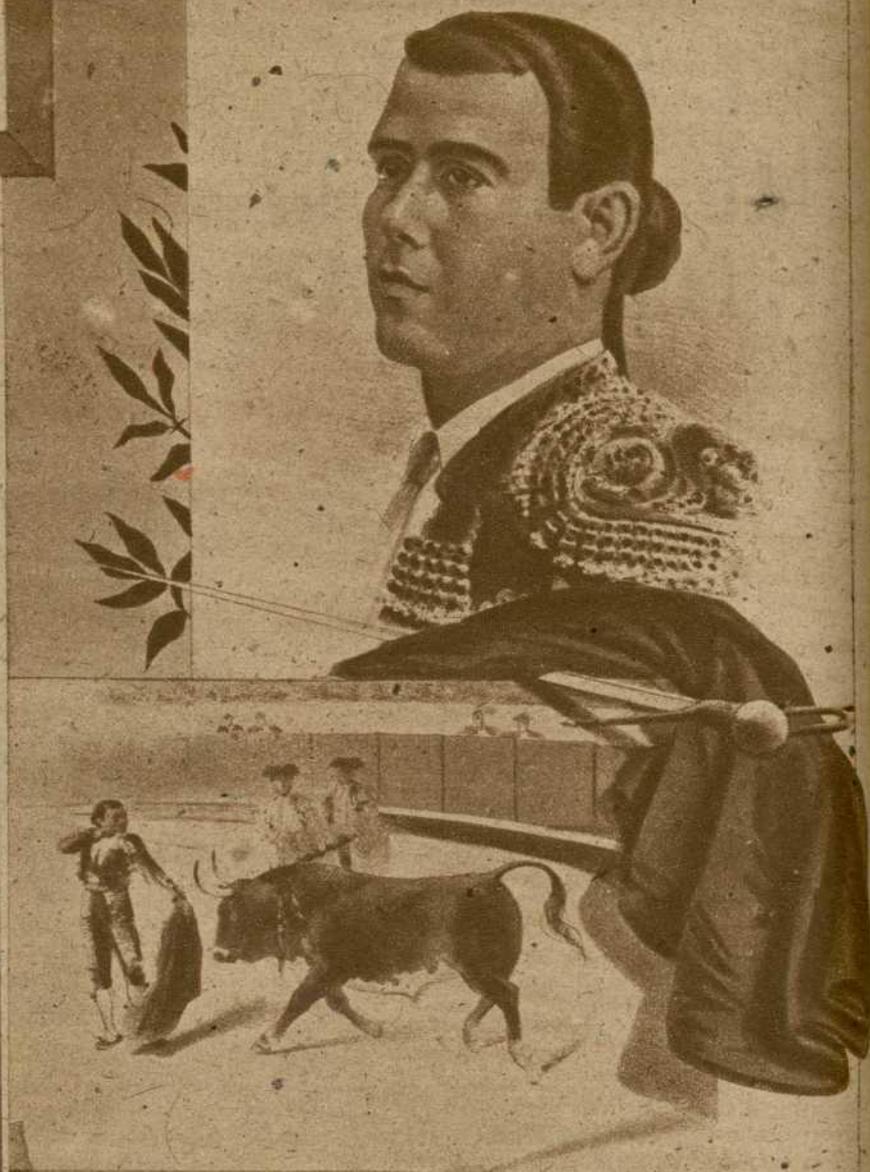
¿Que qué hizo? Como vió que tiraban a dar, pues una de dichas toronjas casi le dejó chato, no se le ocurrió otra cosa que repeler la agresión, y agarrando varios de los proyectiles que rodaban por la arena, la emprendió a naranjazo limpio contra los espectadores.

¿Se ha visto nunca cosa igual? ¿No merece ser sacado del olvido tan insólito y regocijante suceso?

Habría que oír los comentarios que «Gorete» hiciera, pues dado el ingenio de hombre socarrón que le caracterizaba, puede presumirse la punta que de aquello sacaría.

Pero aguarden, que aun hay más:

Disgustado como estaba el público por el mal juego de las reses, la actitud de Machío acabó por soliviantarle, y el



Manuel Nieto, «Gorete»

presidente, que por ser un precursor de «Curro Meloja» —el del sainete quinteriano, y no Carlos de Larra, el distinguido y estimado compañero de Radio Madrid—, se pintaba solo para arreglar cuestiones, dispuso, para que los espíritus recobrasen la paz, que se devolviera a los espectadores la mitad del importe del billete de entrada, con cuya determinación se apuntó un brillantísimo éxito.

Ir a la Plaza a presenciar una corrida de cuatro toros, ver salir siete por la puerta del chiquero y encima percibir la mitad del importe del billete, supera cuanto pueda concebir la imaginación del aficionado más optimista.

Pues ¿y la actitud de Machío, rechazando la actitud del público en la misma forma que éste empleaba para hacerle daño?

Tal vez se acordara de que Mazzantini, en Burgos, pocos meses antes, había subido al tendido para apalea a un espectador con las banderillas que llevaba en la mano, de cuyo episodio es posible que demos cuenta otro día.

Convengamos en que aquella corrida celebrada en la Plaza de Bucareli resultó alegre, viva, seductora y llena de maravillosas sorpresas, a pesar de los gritos del público.

Y en que Juvenal, que además de ser latino era satírico, le hubiera sacado a todo aquello tanta punta como «Gorete», suponiendo que éste se la sacara.

Porque la verdad es que en una sátira enjundiosa de tal suceso podría llegarse a la conclusión de que los toreros harían muchas veces de buena gana con algunos espectadores lo mismo que Machío Trigo hizo en Bucareli.

Y si podía ser con piedras, mejor.

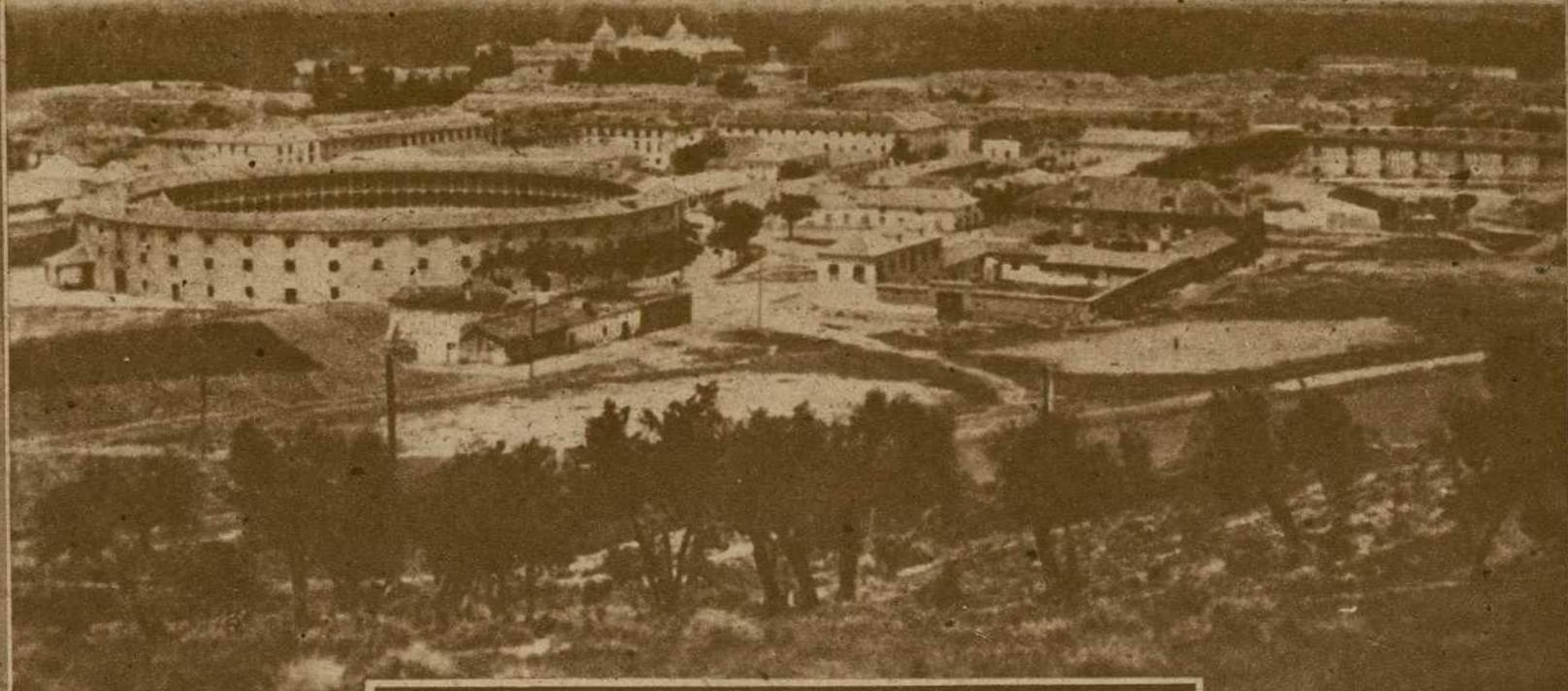
DON VENTURA

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... IMUERTO ESI

C. S. 150



HISTORIAS DE PLAZAS DE TOROS

Los avatares de la del antiguo Real Sitio de Aranjuez

ENTRE las Plazas de Toros próximas a Madrid, no es la del antiguo Real Sitio de Aranjuez la de menor importancia. Ciertamente que sus puertas permanecen cerradas la mayor parte del año y sólo se abren en esa tradicional corrida de San Fernando —30 de mayo— que vuelca toda la afición de Madrid sobre la ciudad ribereña.

El primer coso taurino de Aranjuez fue construido en 1760. El día 25 de junio de dicho año había obtenido la necesaria autorización el valenciano don Bernardo Inar. El real permiso no fue fácil de obtener. Carlos III, que a la sazón reinaba, parece ser que sustentaba las teorías que tanto tiempo después defendió encarnizadamente desde su barrera de abonado Eugenio Noel, y era reacio a la concesión. Menos de un año fue suficiente para la erección de la Plaza, y el 25 de abril de 1761 fue inaugurada con «inmenso concurso de espectadores».

Hay, sin embargo, una concreta referencia a aquellas corridas iniciales. En la Administración del Patrimonio Nacional de Aranjuez se conserva un programa de aquella época, que, aparte del indudable interés de su contenido, constituye una verdadera pieza de museo, por ser, sin duda de ningún género, el más antiguo o uno de los más antiguos que se conocen. Este programa anuncia la corrida que el rey N. S. se ha dignado señalar para el día 8 de junio de 1761, y contiene una prolija relación de lo que será el festejo, llena de pintorescos detalles.

Empezará la fiesta a las nueve y media de la mañana, interrumpiéndose a mediodía y comenzando de nuevo a las cuatro y media de la tarde. Se lidian —nada menos— quince toros de la vacada entonces existente en Aranjuez. Dice el añejo cartel que: «Picarán de Vara Larga a cinco toros Francisco Muñoz y Francisco de Flores, naturales de Andalucía.» (Nos hacen notar la coincidencia de que, casi dos siglos más tarde, otro Francisco Muñoz —que ignoramos si procede también de Andalucía— lidie toros de muerte en el propio Real Sitio.)

«Por la tarde —continúa el programa— saldrán a quebrar rejones a tres toros don Juan Merchante, don Pedro, su hermano, y don Antonio Camero. Y después picarán estos mismos a otros tres de Vara Larga.» «Y retirados, se verá improvisadamente la invención de unos Gigantes, que burlarán al toro cuando les vaya a acometer, por medio de Resortes, siendo esta diversión muy agradable a la vista, siguiéndole después un juguete de Dominguillos.» A continuación viene otra vez la parte seria de la interminable corrida. Aquí hallamos ya un nombre prestigioso: «Y finalizado,

harán sus habilidades el famoso Cándido y su cuadrilla en los toros restantes.»

Durante varios años se dieron corridas regularmente; pero a pesar de que los Reales Arcas se beneficiaban con el pago de un pequeño canon, debió recrudecerse la taurofobia del rey Carlos, ya que, considerando que los propietarios y explotadores de la Plaza habían amortizado con creces los gastos de construcción, dispuso la clausura del circo, que, abandonado, fue destruyéndose paulatinamente, hasta su total demolición. Pero no se desanimó por ello la afición ribereña. En 1796, siendo gobernador don José de Rojas, propuso el rey Carlos IV la erección de otra Plaza de Toros, costada por los fondos del Sitio, para recreo de los cortesanos. No hubo dificultad esta vez, y un año después (es de notar la celeridad en la construcción, sobre todo teniendo en cuenta —para bochorno de «Constructoras» e Inmobiliarias— la solidez de aquellas obras magníficas) se daba la corrida inaugural, el 14 de mayo de 1797, con asistencia de Carlos IV, María Luisa y «un lucido número de espectadores procedentes de Madrid y aun de pueblos lejanos». Tan escrupuloso cronista vuelve a olvidar las combinaciones de «ases», y no cita si los toros fueron de aquella prestigiosa casta jarameña, ya cantada por los poetas del siglo XV. Diéronse después corridas de «un lujo inusitado», actuando el célebre Pedro Romero y sus contemporáneos.

Alguna «jettatura» debía tener el coso taurino de Aranjuez. Un incendio destruye, a comienzos del siglo XIX, casi toda la Plaza. Pero coplemos literalmente la crónica del suceso: «Un violento incendio redujo a cenizas en breve tiempo la madera de este edificio el año de 1809, consumiendo el voraz elemento muchas decoraciones de los teatros, que por estar cerrados se almacenaron en sus galerías. La fecha de aquel desgraciado año basta para que la mayor parte de nuestros lectores designen a los incendiarios; pero por si alguna duda, diremos ocurrió la desgracia mientras los ilustrados transparentes vecinos condimentaban sus ranchos dentro y fuera de la Plaza para los cincuenta mil hombres que el general Arizaga hiciera replegar sobre este Sitio días antes de la desastrosa batalla de Ocaña.»

El Deseado, que, como sabemos, fue un apasionado taurófilo, dió orden de restaurar el viejo circo taurino en 1827. Su interés allanó todos los obs-

táculos. Encargóse de la obra el vecino de Villaseca, y aparejador y contratista, José Díaz Alonso (a) «Josito», que recibió del «bolsillo secreto» del rey, mediante un ajuste alzado, la cantidad de setecientos

cinquenta mil reales. Terminó la reconstrucción en 1829, y se dió una primera función el 27 de abril de 1830 para celebrar el cumpleaños de Doña María Cristina de Borbón, recién casada con Fernando VII. Durante dos años se dan corridas de importancia en la Plaza de Aranjuez, clasificada como la tercera de las de primer orden. Pisan su ruedo artistas de la categoría de Francisco Montes, que, por cierto, sufrió en una de sus actuaciones una tremenda cogida.

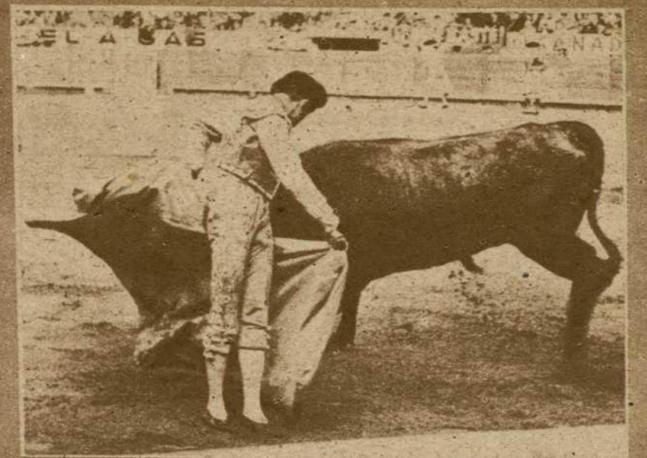
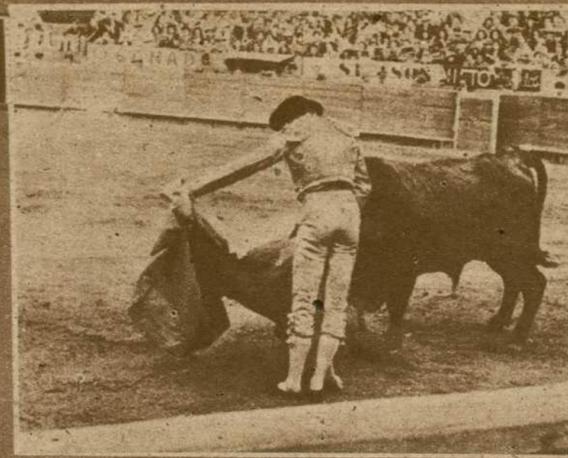
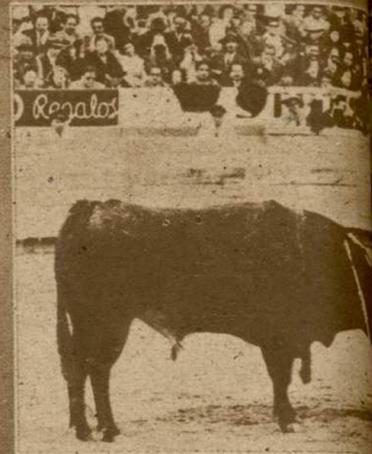
Al suspenderse las regias jornadas por fallecimiento de Fernando, vuelve la decadencia de la Plaza, el abandono y un paulatino deterioro, que llegan a inutilizarla. Así la encuentra en 1851 ese español de grandes alientos y generosas iniciativas que se llamó don José de Salamanca. Rematada felizmente la empresa del ferrocarril, había ya tiempo que los pintorescos «trenes de la fresa» devoraban las diez leguas en unas carreras de vértigo, de a veintitantos por hora, cuando la mirada de águila de Salamanca se detuvo en el viejo coso de Aranjuez, triste y melancólico como un cráter lunar. En aquella mirada no había móviles de negocio; afrontaba un riesgo sólo por el gusto de dar vida nueva al antiguo circo. Así, adelantó grandes sumas, y previo el real permiso, se procedió a la restauración de la Plaza. Palcos, nuevos tendidos y barretas, gradas, guardanés; toda la parte interior se renovó totalmente.

Constituido a la vez en Empresa, el espléndido banquero dió varias funciones con unos carteles inmejorables en cuanto a diestros y ganaderías, funciones de gran éxito artístico, pero económicamente lamentable. Don José de Salamanca perdía sumas considerables en cada festejo, pues los gastos eran cuantiosos y los precios de las localidades —como ahora— realmente irrisorios. Terminó por cansarse y vino de nuevo un cierre prolongado.

No cuenta la tan zarandeada crónica los posteriores avatares de esta Plaza de Toros a lo largo del último siglo. Con alternativas de esplendor —paralelamente a las regias jornadas— y abandonos, esta magnífica Plaza de Toros, cuyo aforo actual pasa de las ocho mil localidades, prosigue su vida, añadiendo de vez en vez a su historia ilustre, sobrecargada de hechos, nuevas hazañas, emociones y anécdotas.

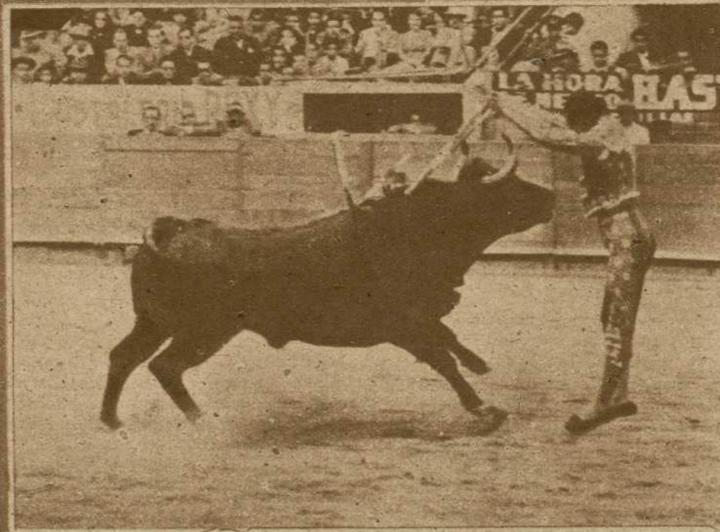
LA TEMPORADA de CORRIDAS de TOROS en MEXICO

En la Plaza Monumental se lidiaron, el día 28 de diciembre, seis toros de Piedras Negras, y fueron los espadas del cartel ANTONIO VELAZQUEZ, LUIS BRIONES y LUIS PROCUNA



Luis Briones, al que correspondieron dos toros mansos, puso gran voluntad en torrear bien de capa

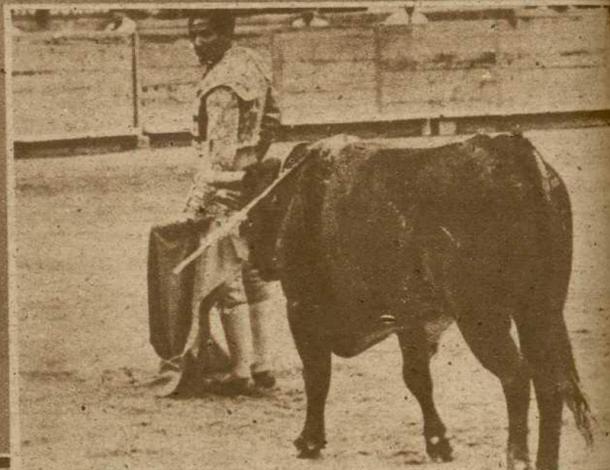
El torero regiomontano torreado por chicuellinas



Velázquez banderillea. El de Piedras Negras derrotaba fuerte, pero el torero aguantó muy bien la embestida

En esta tarde del 28 de diciembre de 1947 se registró en la Plaza Monumental un lleno absoluto. El primer espada era Antonio Velázquez, que fue el triunfador de la corrida. La foto recoge una ganera del diestro mejicano

Nuevo intento de torrear con izquierda Antonio Velázquez

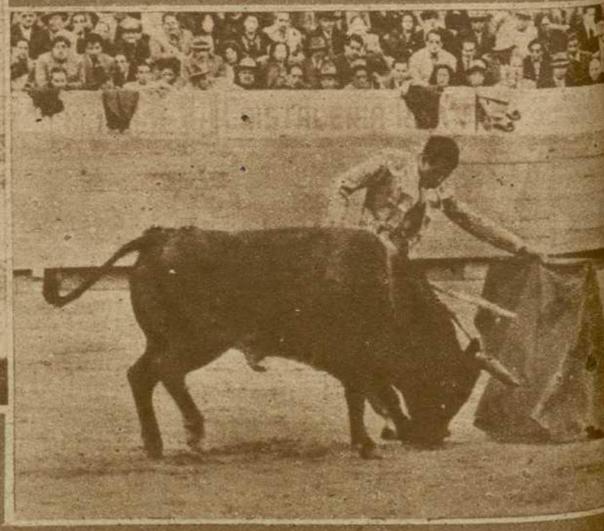


Velázquez vuelve la espalda al segundo toro, del que le fueron cedidas las orejas

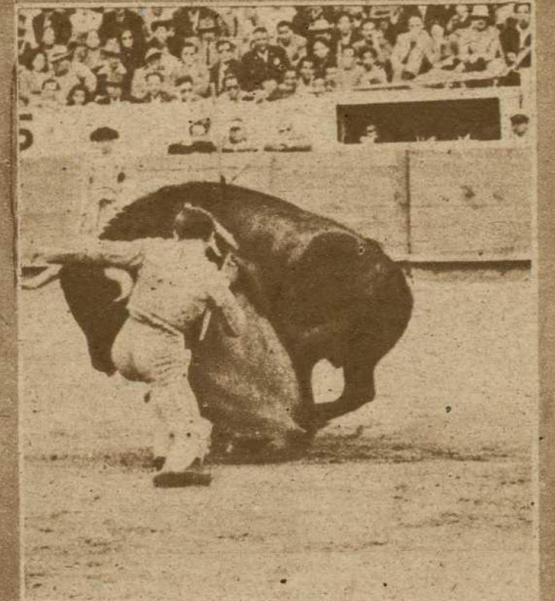


El principal mérito de Velázquez fue no desanimarse ante la embestida gaxápona del de Piedras Negras. En más de una ocasión el leónés tuvo que portiar y dar espadazos para que el toro tomara la muleta

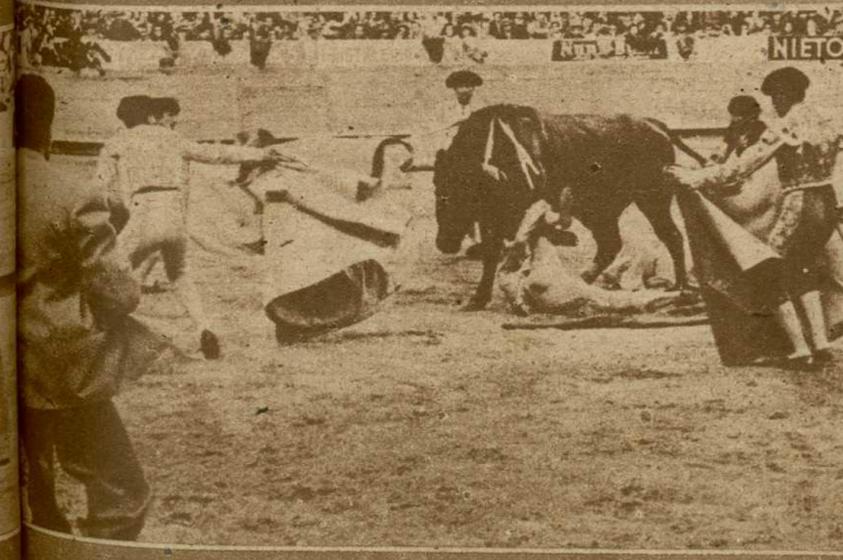
Un natural de Velázquez. Demasiado muleta acaso...



En uno de los lances el toro le empujó y le lanzó violentamente contra la arena, en la que quedó conmocionado



No repuesto aun del golpe, Briones se dobla valerosamente en su primer toro

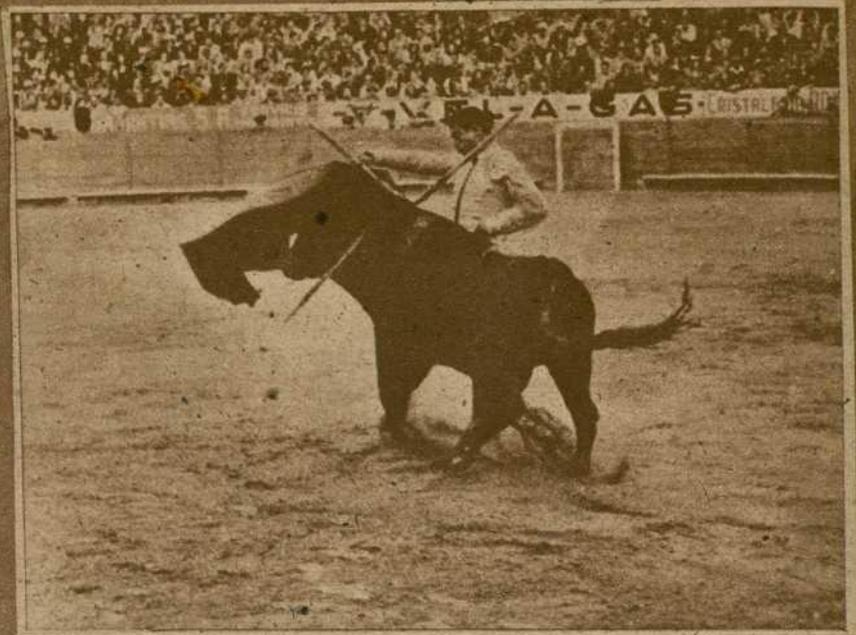


Segunda cogida de Luis Briones. Aun así, por fortuna, no tuvo que ingresar en la enfermería
Luis Procuna en sus primeras intervenciones con la capa. En el paseo, el público silbó a Procuna por no haber actuado el domingo anterior, aunque, al parecer, fue anunciado indebidamente

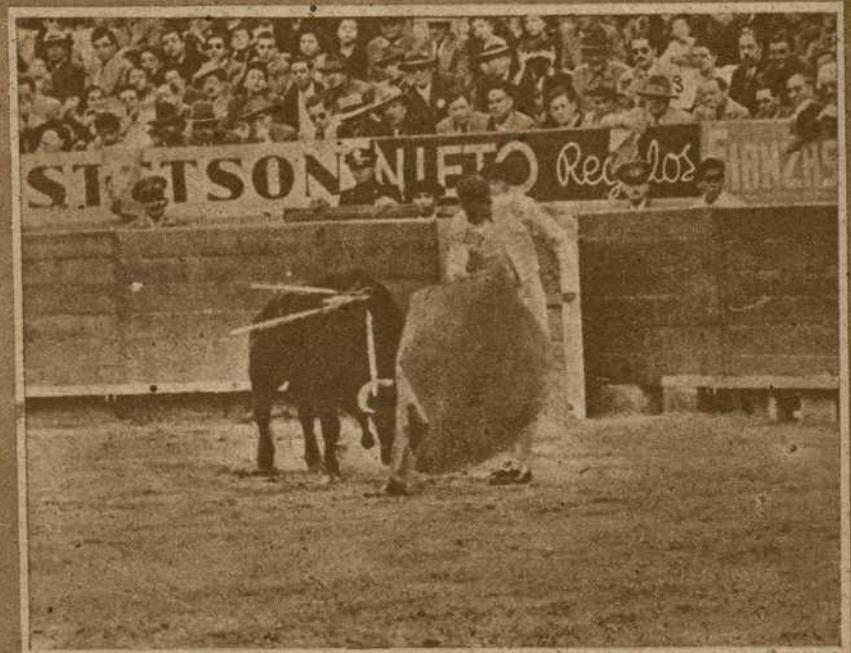
De la corrida del 28 de diciembre en la Monumental de Méjico



Un pase por alto de Luis Procuna en el primer toro, en el que se puso pesado con el capote y escuchó un aviso



Velázquez ofrece banderillas a Procuna, y ambos toreros se abrazan

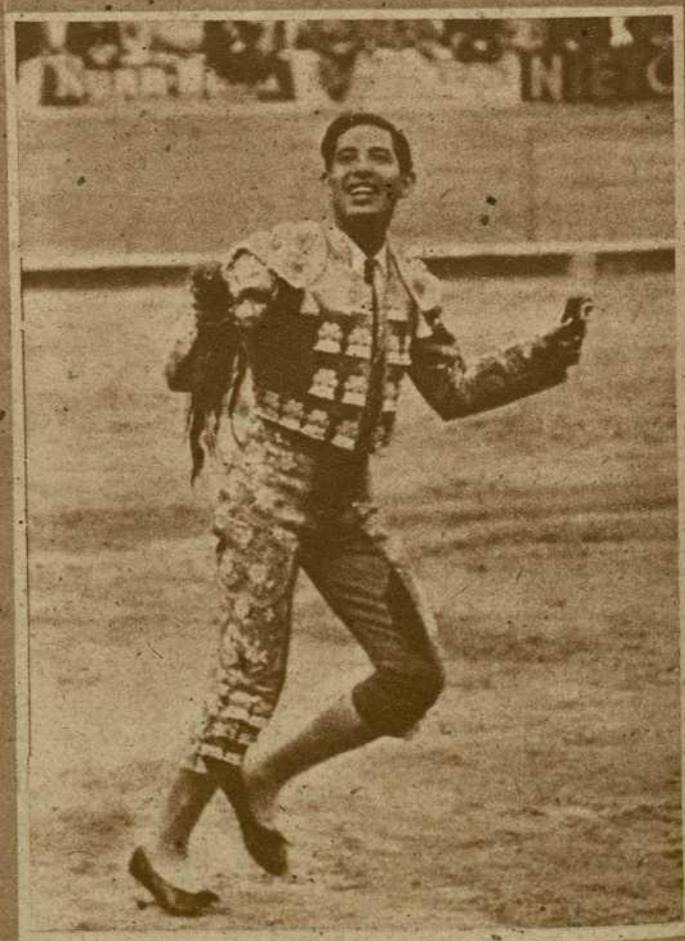


Otros dos momentos de la actuación de Procuna en el toro que castró Plaza



El estatuario de este torero, tan desigual, que es Luis Procuna

Antonio Velázquez, que fué quien obtuvo el mejor éxito de esta corrida, da la vuelta al ruedo (Fotos Cifra-Gráfica y «Esto», exclusivas para EL RUEDO)



En Querétaro, el día 25 de diciembre de 1947
PACO GORRAEZ, CARLOS ARRUZA y LUIS PROCUNA, con toros de La Punta



Arruza, Gorraez (en el centro) y Procuna, aplaudidos por el público después de hacer el pasello



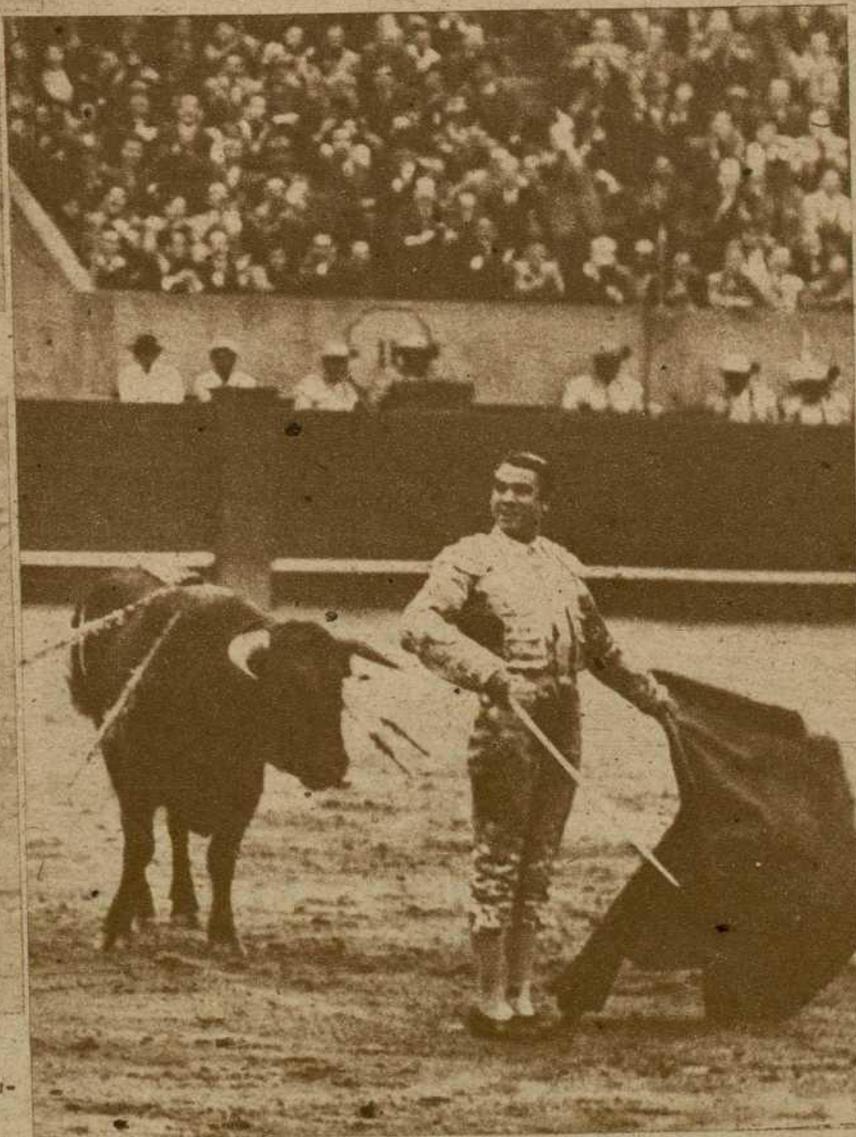
Gorraez, que en ese día se ha despedido del toro, remata con el de pecho una serie de pases naturales



Un molinete de rodillas de Arruza



Arruza toreando al natural



Procuna en un pase ayudado con la derecha

Procuna en el pase del «desdén»
 (Fotos, Cifra Gráfica y «Estos», exclusivas para EL RUEDO)

Una charla con don MANUEL MUGICA, el mejor representante en España de la afición limeña

ADemás de figura importante en las relaciones políticas existentes entre esa parte de la América latina que es el Perú y España, lo es Múgica en la afición a los toros, arraigada en él desde los primeros años de su vida, que transcurrieron en Lima, su ciudad natal. De la afición a los toros en Lima empezamos hablando con el ilustre personaje peruano.

Un poco de historia

—Si usted me permite hacer un poco de historia —nos dice—, me bastaría decirle que en la primitiva Lima, en el año 1540, tuvo lugar la primera corrida de toros, festejándose el segundo día de la Pascua de Resurrección, y que en ella, refiere la tradición, don Francisco Pizarro —el Conquistador y Fundador de la ciudad—, a caballo, mató un toro a rejonazos. Antes de cumplirse veinte años de esta hazaña taurina del forjador de nuestra nacionalidad, el Cabildo de Lima estableció cuatro fechas al año oficialmente dedicadas a las corridas de toros. Con éstas se conmemoraban festividades religiosas. Desde entonces se fué arraigando, hasta convertirse en la verdadera fiesta nacional y en la predilecta de todos los sectores. Tanto las fiestas reales como las recepciones a los virreyes y las celebraciones sacerdotales, se alegraban con corridas de toros. El arzobispo y las Ordenes religiosas concurrían al espectáculo. Como dato curioso, le contaré que a fines del siglo XVIII una real cédula ordenó que las corridas se verificasen el día lunes, porque los fieles, según información eclesiástica, dejaban los domingos de oír misa debido a que el encierro y la lidia de toros, con que empezaban las fiestas el domingo por la mañana, hacían olvidar el cumplimiento del deber religioso. Y gracias a la intervención clerical, el pueblo de Lima gozaba dichoso, como en premio a su afición a los toros, de dos días seguidos de fiesta. Los limeños, pues, presenciábamos corridas de toros desde hace más de cuatro siglos. Con estos antecedentes es fácil imaginar la tremenda afición taurina que hay en nuestra capital.

Raúl Porras, estudiando los primeros años de la conquista del Perú, dice de Lima que la Plaza Mayor era la única de la ciudad, y que en las grandes solemnidades servía de «redondel de toros». Riva Agüero, investigando en la época colonial la vida de nuestra Universidad, afirma que la misma tarde del doctorado regresaba a la Plaza Mayor el graduado «para presenciar la corrida de toros, que le era obligatorio costear como fin de regocijo». Y Basadre, describiendo nuestra última etapa, o sea, la República, en sus primeros años, dice: «Lima conservaba su ambiente de fiesta: amaba las corridas de Acho». En la Plaza de Acho —construida en pleno virreinato, en la segunda mitad del siglo XVIII—, por la que han desfilado la mayor parte de las figuras del toreo, fué donde desde mi niñez presencié las corridas de toros.

Etapa de recuerdos

—¿Cuándo vió usted en Acho la primera corrida?
—Seguramente con «Faico» y «Bonarillo», aun-

que de ellos sólo recuerdo sus nombres y los relatos. Con posterioridad recuerdo el fervoroso entusiasmo que despertó Manuel Mejía, «Bienvenida», ese infatigable artífice, por su brillante historia y por sus hijos, que tantos admiradores tienen en España como en el Perú. Luego, por el año 1917, recuerdo ya con precisión una aparatosa cogida de Rodolfo Gaona; recuerdo su arrogancia, sus broncas y sus grandes pares de banderillas. Con más claridad recuerdo luego a «Joselito», a Sánchez Mejías, a Rafael el «Gallo» —que es al que reproduzco con más nitidez— y a «Chicuelo».

—¿Y a Belmonte; no le vió usted?
—Le vi en Madrid, admiré a usted, siendo yo un niño, y me tocó presenciar la corrida de despedida que dió aquí para su primer viaje a Lima. Recuerdo sus verónicas y su media, su molinete y el de pecho. Sus arranques y sus gestos los recuerdo con extraordinaria claridad. Le correspondió esa tarde matar tres toros, por cogida de «Celita». Belmonte despertó en mí una gran admiración y se me grabó «el fenómeno». Sin ser dibujante, le dibujaba yo con facilidad. Luego le vi en una exposición y pintoresca corrida nocturna en Panamá, cuando regresaba de su viaje a Lima. El público panameño jamás había presenciado una corrida de toros, y los críticos se interesaron por conocer, antes que la edad y el peso del ganado, la edad y el peso de Belmonte.

Sus preferencias de aficionado

Pasamos, en nuestra conversación, del relato objetivo de hechos, datos y fechas documentales, a la exposición de las opiniones del gran aficionado limeño.

—¿Cree usted en alguna figura del toreo como la única, como la primarísima?

—Creo que en el toreo no hay valores axiomáticos ni absolutos. Por eso no hay un campeón del toreo, como en el fútbol o el boxeo; no hay goles ni «knock out». En el toreo, las diferencias de opinión —que son tantas como aficionados— dependen de las diferencias de concepto de cada persona. No cabe acuerdo. Y estas diferencias o preferencias son puramente subjetivas, sujetas a la sensibilidad de cada aficionado. Sin embargo, reconozco que el fanatismo «ciego e intolerante» es inevitable en el toreo, y es pintoresco. Y hasta necesario; pero esa pasión exacerbada llega a ser funestísima, como todo fanatismo que niega y excluye.

—¿Qué opina usted del peso de los toros?

—Opino, ni más ni menos, como el Reglamento: que el mínimo, en toda época, en las Plazas de primera categoría, será de 470 kilos, y en las de segunda, de 445, o sea, 40 y 38 arrobas, respectivamente, entendiéndose en este peso la res sin desangrar.

—¿Y en cuanto a la edad?

—Sigo opinando como el Reglamento: cuatro años cumplidos, y suprimo aquello de «menos de siete» por innecesario.

—¿Y su concepto sobre la pica?

—Que si queremos ver faenas «modernistas» hay que dejar a los piqueros cargar la mano con violencia y ahormar la cabeza al toro. Esto, por supuesto, si sale el toro, más que con peso, con edad. A ése hay que picarle bien y mucho. De lo contrario, no veremos inmovilizar estéticamente la figura ni correr la mano con el natural, ligando lentamente uno con otro. Esto es bellísimo. Y mucho más si se remata con el de pecho una y otra vez. Pero exige antes, si no es utero, naturalmente, que chorree mucha sangre del morrillo del cornúpeto.

—¿Qué le parecen las reacciones del público?

—Creo que la mayor parte del público está en una posición equivocada y contradictoria. Chilla contra la pica y hasta la impide, para luego exigir la faena de aguante, preciosista, larga y rítmica. Y así es imposible.

—¿Cuáles son las figuras de su predilección?



—Varias; en este momento surgen hasta cuatro en mi recuerdo: Ortega y Luis Miguel, «Manolete» y Pepe Luis. Estos cuatro nombres son cuatro puntos esenciales en la geografía española: Toledo y Madrid, Córdoba y Sevilla.

—De estas figuras, ¿recuerda usted alguna faena?

—De la feria de Valencia, el año pasado. Acababa de llegar yo a España, y Domingo Ortega me brindó su toro un 28 de julio, día del Perú. Cortó las orejas en una faena maravillosa de dominio, de elegante sobriedad, de justeza, de temple y consumada maestría. De «Manolete» presencié dos de sus últimas faenas más impresionantes: su única de Madrid este año y su corrida Murube en Pamplona. Inolvidable. «Manolete» me entusiasmaba mucho, pero alternando con Luis Miguel o Pepe Luis, combinación que desgraciadamente se hizo difícil y hasta imposible de ver. De Pepe Luis he visto brillar su arte quintaesenciado y luminoso en Sevilla y en Madrid. Pero nunca le vi cuajar una faena de tan depurado saber, ni de tan puro sabor sevillano, como en la Plaza de Méjico, al lado de «Manolete»; que estuvo gigantesco, y de Procuna, que estuvo enorme. La Plaza parecía electrizada por la emoción delirante que se apoderó del público ante el triunfo indescriptible de los tres. De esas faenas, pasado el tiempo, sólo se recordaba con entusiasmo redivivo el arte y la gracia de Pepe Luis. De Luis Miguel sólo recuerdo tardes de apoteosis. Se supera constantemente, pisa terrenos increíbles todas las tardes y les hace faena a todos los toros. Es un lidiador formidable, dueño de una izquierda excepcional. Su maestría y su inmenso valor permanente hacen de Luis Miguel un torero apasionante.

Su participación activa en la Fiesta

Múgica ha llegado, en su afición, hasta a ponerse ante los cuernos de un toro, aunque él conteste, al preguntarle si ha toreado:

—Propiamente hablando, no lo sé. Pero si me he puesto delante de bichos (que a mí me parecían toros), muleta en mano. Asombré con mi valor, porque no bien estuve frente al astado, puse las rodillas en tierra. Y es que las piernas no me daban para torear de pie... Luego, ya repuesto, me pasé al torazo varias veces. Le aseguro a usted que esto de pasarse al toro es más fácil que opinar sobre toros, y mucho menos expuesto, desde luego, que decir cuáles son, a juicio de uno, las grandes figuras del toreo...

Opiniones sobre el futuro de los toros

—Entre los aspirantes al doctorado, ¿ve usted algo?

—Con apasionado entusiasmo, le diré que espero mucho de lo que sabe y del valor sereno de mi paisano Adolfo Rojas. Tiene condiciones para triunfar. Ya lo demostró.

—¿En qué Plazas goza usted más?

—En la de Acho, en la de Madrid y en la Matanza, de Sevilla. Y en Bilbao. A la de Lima cantó Chocano así:

*Y tu Plaza de Toros, que es alegre y coqueta
y vibrante como una redonda pandereita.*

Está usted invitada a ella, que así es nuestra Plaza: ¡se respira «solera»! —PILAR YVARS



Don Manuel Múgica con Juan Belmonte

PICADORES NOTABLES

Los hermanos "MELONES"

El primero se hallaba casado con una sobrina de "Lagartijo el Grande"

Y el menor de los tres se ha quedado inútil para seguir picando

ALLA por el año 1888, en la calle de Capellanes —hoy, Mariana Pineda—, y en el mismo lugar donde actualmente se alza el edificio anexo al Monte de Piedad y Caja de Ahorros, existía, en un vetusto caserón, un establecimiento vinícola que disfrutó de gran popularidad.

Titulábase «Petit Fornos», y su propietario, Lázaro López, se hizo célebre como fondista en el Madrid de aquellos tiempos: primero, con la famosa fondo que llevaba su nombre en el pasadizo de San Ginés, y después, con un merendero en las inmediaciones del Puente de los Franceses, lugares, ambos concurrirísimos por la gente de bronce y puntos obligados para la celebración de bodas de lujos.

En «Petit Fornos» reuníase la flor y nata de los aficionados a la fiesta brava y concurrían diferentes toreros, entre éstos el inolvidable Salvador Sánchez, «Frascuélos».

Un día llamó la atención de la taurina parroquia la presencia de un recio muchachote que, despatchando como medidor copas de morapio, hacía gala de una extraordinaria destreza.

—Se trata —dijo Lázaro— de un sobrino mío, y como ven ustedes, no tiene un pelo de tonto.

En efecto, el joven medidor, nacido en Gea de Albarracín (Teruel) el 18 de diciembre de 1872, era un águila sirviendo copas en el mostrador, o estancando el néctar valdepeñero sobre una docena de vasos en bandeja, cuando el parroquiano de turno se sentía flamenco y al cocheró que conducía la «manuelas» había que servirle la de clara con limón al pie del pescante.

—¡Oye, muchacho —le dijo en una ocasión un tabernario—, tú tienes tipo de picador!

Y desde aquel momento, Francisco Codes Musulen, pues éste era el nombre y apellidos del muchacho en cuestión, sólo soñaba con vestir la calzona y la casaquilla.

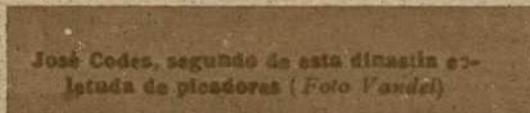
Apelando a toda clase de recomendaciones, consiguió ser «monosabio» en la Plaza madrileña; pero hasta después de cumplir sus deberes militares no consiguió ver convertido, en realidad sus dorados sueños.

Ocurrió esto en la novillada celebrada en el viejo coso últimamente derribado, el 18 de febrero de 1893, distinguiéndose en ésta y en posteriores corridas por su valor y su arte.

Con el apodo de «Melones» —el primero que usó



Francisco Codes, «Melones», en la época que actuó a las órdenes de Mazzantini



José Codes, segundo de esta dinastía estrellada de picadores (Foto Vandél)



este remoquete se llamó Manuel Gutiérrez, y por el año 1879, como picador, disfrutaba de un excelente cartel —continuó el ex tasquero de «Petit Fornos» actuando a las órdenes de los mejores novilleros.

El matador de toros Juan Gómez de Lesaca fué el primero que se llevó fijo en su cuadrilla. Después, continuó con Juan Ruiz, «Lagartija». Inútil éste para el toreo, trabajó a las órdenes de Julio Aparici, «Fabrilo», y sucesivamente tuvo por jefes a Domingo del Campo, «Dominguín»; Antonio Perverte y Luis Mazzantini. Constituida la cuadrilla de jóvenes cordobeses con «Machaquito» y «Lagartijo Chico», Paco Codes formó parte de ella, y al disolverse, «Melones» siguió con Rafaelito Molina. Sentía éste por el picador un gran cariño, y en su compañía pasaba largas temporadas en Córdoba.

Enamorado de la hermana de Rafael, Luisa, hija del formidable peón Juan Molina, y, por consiguiente, sobrina del gran Catifa Rafael Molina, «Lagartijo», contrajo con ella matrimonio.

Gravemente enfermo «Lagartijo Chico», en 1909 Paco Melones toreó con el mejicano Vicente Segura, y al fallecer al siguiente año el hijo de Juan, Vicente Pastor le incorporó a su cuadrilla.

La relación de los anteriores matadores de toros, jefes todos ellos de «Melones», es la prueba más elocuente de las condiciones artísticas del excelente torero de a caballo, que, a consecuencia de una congestión, falleció en Córdoba el 17 de marzo de 1919, siendo su muerte sentidísima.

José Codes Musulen también nació en Gea de Albarracín, el 15 de marzo de 1878, trasladándose con sus padres, José y Bienvenida, y su hermano Francisco, a la villa del oso y del madroño.

No alcanzó «Melones Chico» —así empezó a apodarse Pepe Codes— la misma categoría en la profesión que su hermano, si bien era un excelente caballista, que pegaba a los toros con fuerza.

En la tarde del 9 de julio de 1900 se presentó en dicha Plaza por vez primera, picando los novillos que le correspondieron al cordobés Manuel Saco de

León, «Cantimplas», más tarde famoso banderillero de la cuadrilla de «Joselito» y padre del que figuró también como rehiletero en la de «Manolito».

Este segundo de la dinastía picaderil de los «Melones» actuó en muchas novilladas.

Cástor Ibarra, «Cocherito de Bilbao», fué doctorado por Antonio Ruemes, figurando como testigo de la taurina ceremonia Ricardo Bombita y «Machaquito». Este acontecimiento, inolvidable para los aficionados bilbaínos, tuvo lugar en el coso madrileño el 16 de septiembre de 1904, y en él actuó ya como picador de toros, «Melones Chico», figurando, en unión de Manuel del Pino, «Monerri» —éste, en la actualidad, popular tótero—, en la cuadrilla de «Cocherito», con quien toreó hasta el año 1910.

Posteriormente trabajó con otros espadas, y el 18 de julio de 1931 entregó en Madrid su alma a Dios.

Es, sin ningún género de dudas, el madrileño distrito de la Inclusa el más significado en el taurinismo, por el gran número de toreros que en él nacieron.

Y en él vino al mundo, el 5 de junio de 1888, Antonio Codes, el tercero de la serie de estos artistas mortuorios del presente reportaje.

Con este «Melones», fuerte aún, con la cabeza plateada, pero inútil para el toreo cuando en éste aun podía triunfar, hemos sostenido una charla, no hace muchos días, en el establecimiento donde circunstancialmente trabaja para atender a su subsistencia.

—Desde chiquillo —nos dijo el infortunado picador— sentí aficiones toreras; pero en mis hermanos Paco y Pepe, a quienes respetaba, encontré una gran oposición.

Pretendí ser torero de a pie; me escapé del domicilio paterno para asistir a las capeas, de las que volví con la ropa deshecha, siendo recibido en el hogar de contundente manera, y cuando convencido el hermano mayor de que lo mejor era ayudarme en mi peligrosa empresa, pues cambió de opinión...

—¿Y aprendió un oficio?

—No. Me dió por ser también picador, despreciando un magnífico toreo de luces que ya me había regalado Paco; pero hasta después de prestar mis servicios a la Patria como soldado, no me lancé de lleno a la profesión.

—¿...?

—Sí, sí. Como mis hermanos, empecé a ser «monosabio», encontrando un decidido apoyo en el contratista del servicio de caballos para el circo madrileño, Tomás Luengo, proporcionándome ocasiones para actuar como reserva.

—¿...?

—Debuté en una novillada a beneficio de la viuda de Andrés del Campo, «Dominguín», el 20 de marzo de 1913, en la que también lo hicieron, como espadas, otros dos paisanos míos: Gregorio Garrido y Eduardo Vega, «Laramba».

—¿...?

—Desde luego; yo no entré por la puerta falsa, pues me dió la alternativa el famoso picador Salustiano Fernández, «Chancho», la tarde en que Luis Freg confirmó la alternativa a mi inolvidable «matador» Juanito Anlló, «Nacional II». Ocurrió esto en Madrid, el 25 de septiembre de 1921.

—¿...?

—Toreé a las órdenes de «Mazzantinito», Villalta, Marcial, Heriberto García, Victoriano de la Serena, Fernando Domínguez, Corrochano, «Gitaniño de Triana Chico», «Nacional I», y con el citado Juan Anlló hasta la última corrida que toreó, antes de la cobarde agresión que en Soria le costó la vida.

—¿...?

—Perdí la visión del ojo izquierdo, tuve que dejar de picar. ¡Y en casa tengo aún el «vestido» y los avíos del oficio! ¡Si viera usted el trabajo que me cuesta desprenderme de él!...

DON JUSTO



Antonio Codes, «Melones», el menor de los tres hermanos toreros, inútil para la profesión

COSAS DE AYER

Hace setenta y un años que se cortó en Madrid la primera oreja a un toro

AHORA que se ha hecho el balance de la última temporada taurina, hemos visto la cantidad de orejas que cortaron los espadas, a lo largo de sus actuaciones. Hay matador que archiva cuarenta apéndices auriculares, abundantes rabos y alguna que otra pata en sus estadísticas. Para conseguir tan alto galardón apenas hacen falta media docena de pases naturales y una estocada, caiga donde caiga, con tal de que surta efecto rápido.

Por esto dicen los viejos aficionados a los toros que la Fiesta está hoy en plena desmoralización. Verdaderamente, la oreja del cornúpeta es ya premio que se prodiga demasiado. Y cabe pensar dos cosas: o que el público de nuestro tiempo es mucho más generoso que el de entonces o que hoy se torea mejor que antes. Pero nosotros creemos que ni una cosa ni otra. Se torea de modo diferente, a toros distintos de aquellos y frente a un público que juzga más cómodo flamear el pañuelo al sol de la tarde que enrojarse las manos en palmadas estrepitosas.

Recordemos que pasaron por el circo taurino de Madrid figuras cumbres de la torería, que no consiguieron en su larga y brillante carrera «desorejar» ningún toro. Fueron «Frasuelo» y «Lagartijo», Reverte, Fuentes, «Guerrita» y cien más. Tuvieron tardes de triunfo, de faenas completas y estocadas fulminantes, recibiendo, con toros de bravura temible, de poderío, de casta, ante públicos que sabían apreciar el trabajo del lidiador; pero no se cortaba la oreja.

La primera que se concedió en la Plaza de Toros de Madrid la cortó el diestro algecireño José Lara, «Chicorro», el 29 de octubre de 1876; ha hecho ahora setenta y un años. El toro se llamaba «Medias negras» y pertenecía al ganadero don Rafael Laffite. «Chicorro» ejecutó con aquella res el salto de la garrocha; quebró varias veces a cuerpo limpio y arrancó con la mano la divisa de la fiera. A continuación cambió dos magníficos pares de banderillas cortas y otro superior de las largas. La faena de muleta la compusieron catorce pases naturales ceñidísimos, otros de pecho y ayudados por alto. Después pinchó en hueso soberanamente, y acabó con su enemigo de una enorme estocada en lo alto. Así cortó «Chicorro» la primera oreja en Madrid, que fue pedida al presidente por los reyes de España y los príncipes de Weimar, que presenciaron la corrida.

El 12 de mayo de 1898, el novillero «Cacheta» obtuvo la oreja del toro «Calero», de Udaeta; y hasta el 2 de octubre de 1910 —treinta y cuatro años más tarde de la hazaña de «Chicorro»— no volvió a concederse el premio. Esta vez la recompensa le fue otorgada a Vicente Pastor por la magistral faena de muleta y el soberbio volapié que dió al toro «Carbonero», de Concha y Sierra, manso, fogueado y peligroso para la lidia.

A partir del homenaje tributado por la opinión taurina a Vicente Pastor, las orejas se suceden en Madrid frecuentemente. «Machaquito» corta una al toro «Zapatero», de Miura, el 17 de mayo de 1911; «Bombita», al toro «Judío», de Santa Coloma, el 14 de abril de 1912; «El Gallo», a «Peluquero», de Bañuelos, el 2 de mayo de 1912; «Joselito», a «Jimenito», de Saltillo, el 5 de junio de 1913; «Cocherito de Bilbao», a «Venenosos», de Pérez de la Concha, el 29 de junio de 1913; el 19 de octubre de aquel mismo año, «Bombita», al despedirse del público el día de su retirada, corta la oreja de «Cigarrón», del ganadero García Loma; el 23 de abril de 1914 se le concede a «Regaterín» la

del toro «Perdiguero», de Veragua; el 25 de abril de 1915, Juan Belmonte corta en Madrid la primera oreja al toro «Escondido», de Murube.

Hacer desde entonces una estadística de orejas sería labor inacabable

hasta llegar a los matadores que ganaron en una temporada veinte orejas solamente en Madrid. En aquella Plaza histórica de la carretera de Aragón, de donde se fueron sin probar las «Guerrita», Mazantini, «El Espartero»...

Julio Angulo



José Lara, «Chicorro»

El novillero «Cacheta»



EL PLANETA DE LOS TOROS

EL «SINVI»

EL «sinvi», en el lenguaje del planeta de los toros, es el que está sin vista, es decir, borracho. El planeta de los toros es un mundo alegre y despreocupado en lo que cabe. La única preocupación es el toro. Y hay quien se la quita bebiendo vino. El estar «sinvi» es más bien «chaque» invernal, cuando los días son cortos y las



noches largas y no se tiene nada que hacer. Los toreros, como cada quisque, tienen que matar el tiempo. Y para matarlo en corto y por derecho, nada como unas copitas de vino. El peligro de las copitas de vino está en pasarse. No contarlas bien y que nos sobren unas cuantas. Difícil contabilidad ésta. Hay que llevarla en el aire. Y cuando creemos que llevamos diez, resulta que son veinte. Y de estas equivocaciones resultan los «sinvis».

Hay pocos «sinvis» solitarios, de esos que beben vino como quien toma aspirina para quitarse un dolor. El «sinvi» pierde la vista, esto es, se emborracha en una reunión de amigos. Y se emborracha sin proponérselo. El vino es un estimulante para hablar. El vino transforma derrotas en triunfos. El vino corta muchísimas orejas y pega «ca estocá» que se estremecen las dehesas andaluzas y salmantinas. ¡Es una verdadera lástima que ciertos toreros no puedan salir a la Plaza con unas copitas demás! ¡Harían cosas tremendas! Pero no importa. Las cuentan, ya «sinvi», y da gozo oírlos! Los toreros son muy ponderativos, sobre todo en cuestiones de dinero. ¡Con qué facilidad manejan los cientos de miles de pesetas! Para ellos, cien mil «deandras» son unos céntimos de nada. De creerlos, hay «sinvi» que ha ganado más dinero que don Juan March.

El «sinvi» no suele ser casi nunca un «curdela» de esos pelmazos y patosos. Es de señalar que en el planeta de los toros apenas hay pelmazos. Es éste uno de sus principales encantos. Porque los pelmazos son insoportables siempre; pero un pelmazo «sinvi» ya es francamente intolerable. En el planeta de los toros hay de todo: bueno y malo; hasta tontos y todo. Pero éstos y los patosos están como al margen y no se les toma en consideración, como ocurre en otros mundos. El «sinvi», además, no necesita de nadie. El sabe que junto al mostrador, y ante unos chatos, siempre encontrará alguien con quien pegar la hebra. Y esto es suficiente. La fantasía, ayudada por el vino, hace lo demás. Una reunión de «sinvis» es una reunión de folletinistas, y en menos que canta un gallo urden una novela, que a cada cinco minutos se va complicando con las sucesivas intervenciones de los «sinvis», que cuando llegan a las cuatro de la mañana y levantan la sesión, no solamente están sin vista, sino también sin garganta y, por supuesto, sin dinero. ¡Ah! Pero es que, para el «sinvi», el dinero es poca cosa. El lo gana todas las noches y lo derrocha allí mismo, sin moverse de la mesa, sin dejar de apurar copitas. El lo gana, allá en América, en los lugares más remotos y extraños; él lo derrocha en aquel rincón de una tasca madrileña, hablando, sin fanfarria, de una tarde que mató tres toros en un pueblo, orillas del Amazonas; pero ¡qué tres toros!, y el «sinvi» se pone en pie con los dos brazos extendidos adelante, agitándolos, como si los cuernos fueran flexibles, igual que la trompa de un elefante.

Y el «sinvi», que casi siempre está también «sint», es feliz contando sus proezas, que ni son creídas del todo, ni del todo motejadas de absurdas e inverosímiles. Y así van pasando las horas muy de prisa, casi al vuelo; y a veces, llega el amanecer, y el «sinvi» se va a su casa envuelto en las claridades del alba, quizá dando traspies, pero traspies jacarandosos, como remates de media verónica bien ceñida, muy torera. El «sinvi» nunca pierde del todo la línea, ni la cabeza tampoco. El «sinvi» no es un borracho vulgar. En el toreo existen infinitos «sinvis» que no beben vino y que no desentonan en punto a fantasía al lado de ellos. Hay toreros de los que se dice que se emborrachan toreado, de tanto como se olvidan de sí mismos y se entregan al toro. Pues de la misma manera, sólo que muchísimo mejor y con más frecuencia, se entregan en una tertulia al desenfreno fantástico de sueños irrealizables. Muchas veces, en torno a una mesa llena de vasos de vino, no he podido distinguir a los «sinvis» auténticos de los falsos, que sólo beben ilusiones, siempre renovadas. Su voz tal vez es más firme y segura en su locución, pero tan encendida y apasionada en el concepto, tan brillante en la fantasía, tan constructora de castillos en el aire.

¡«Sinvis» geniales del toreo, «sinvis» que lucháis fuera de las Plazas con singular denuedo, que vivís en el aire y del aire, manejando, no el oro contante y sonante, sino el de la quimera! ¿Ustedes saben lo que es la quimera? Pues es un monstruo imaginario que tiene cabeza de león, vientre de cabra y cola de dragón. Añádasele unos cuernos, así, largos como los brazos de un hombre extendidos, y este es el animal al que muchos «sinvis» le cortaron las orejas, allá en una Plaza americana, orillas del fabuloso Amazonas. ¡Oh, «sinvis» geniales de la torería!

ANTONIO DIAZ-CARABATE

"LAS OBRERAS DEL TOREO"

Rosa, verde, azul y grana;
las sedas son un jardín
en medio de la mañana.
Sedas de tarde taurina,
peces de un extraño "acuarium"
que figura la vitrina;
española aristocracia
esperando de unas manos
el prodigio de la gracia.

Palomas de los talleres!
Cómo rebrilla la seda
en manos de las mujeres:
Concha, Asunción, Carmen.
Ella es la que te presta al traje
sus luces claras de estrella.
Jilgueros del obrador,
con música de falseta
y con perfume de flor.

Los ojos negros de Carmen,
que tienen un sueño dentro
que no los comprendé nadie.
Asunción pone en su cama
el retrato de un torero
que no sé cómo se llama.
Concha es alegre y pequeña,
tiene el milagroso hallazgo
de unos pies de madrileña.

Muchachás de los talleres
de los trajes de torero!
Avispero
de mujeres.
Caricias de blanca mano
en los gualdas y en los rojos.
Un sueño dulce y lejano
va floreciendo en los ojos.



Concepción en la garganta,
con risa de "los madriles".

Palomas de los talleres!
Mujeres
que acarician muerte y gloria
con la emoción ilusoria
de un sueño dulce y diverso
en cien figuras toreras.

Yo os mando rosas de un verso
para vuestras primaveras!

MARTINEZ REMIS

Que yo sé que está guardada
en la luna de un espejo
la figura del espada
que fué un día
a buscar al obrador
la sal de la lorería...
Secreto de los talleres!
Van empañando la luna
los basos de las mujeres.
Pespunte de los ensueños,
seda y flores.
Ventana abierta a los sueños
en todos los obradores!

Quando llega una corrida,

las obreras del toreo,
rosas en una andanada,
ponen su emoción florida
en la gracia del paseo
con caricias de mirada.
Y cuando busca, traidora,
el asta el traje de luces,
cárdena, más que morena,
parece que Carmen llora,
y cruza el ruedo una pena
de fandango andaluzes.

Quando triunfal se agiganta
la carne bajo el vestido,
en pura tarde de añiles,
siente la sangre en latido

Don José Sánchez de Neira



Don José Sánchez de Neira

Durante más de veinte años colaboró en todos los periódicos consagrados al arte de Montes

Su obra capital fué "El Toreo", gran Diccionario taurómico, editado el año 1879

CUANDO don José Sánchez de Neira se lanzó a la palestra literario taurina y comenzó a publicar en los periódicos profesionales de la época sus meritisimos trabajos, dándose así a conocer como escritor, hacía ya muchos años que su nombre sonaba entre los aficionados inteligentes y en casi todas las sociedades taurinas, donde su opinión era siempre voto de calidad.

Parco en las censuras, imparcial en los fallos, inclinado siempre a la benevolencia, ajeno de apasionamientos exagerados, jamás intentó zaherir personalmente a nadie ni daba a ninguno más de lo que estrictamente merecía, llegando, por la rectitud de miras y la bondad de su carácter, a adquirir tal autoridad, que raro sería en su época el que dedicado a esta clase de trabajos no acudiese alguna vez a él en demanda de su voto y su consejo, siempre franco, siempre leal y ajustado a la verdad.

Don José Sánchez de Neira y Alvarez de Toledo vió la luz primera en Madrid el día 2 de febrero de 1823; hizo los primeros estudios en el colegio de los Jesuitas; cursó Humanidades en el Instituto de San Isidro y se licenció en Derecho en la Universidad Central. Fué notario especial de Hacienda hasta el período revolucionario, en que quedó suspendido aquel Juzgado, obteniendo más tarde un modesto empleo en la Dirección de la Deuda, de donde pasó a la Secretaría del Ministerio, llegando al término de su vida a alcanzar la categoría de jefe de Negociado de tercera clase.

En lo referente al toreo, su afición favorita, además de la multitud de artículos publicados en el transcurso de su vida, dejó escritas obras notabilísimas, entre las que descuellan el ya citado gran «Diccionario taurómico», del que hizo dos ediciones, por haberse agotado la primera casi al terminar su publicación; el folleto «Duro y ahil» y el librito titulado «Los toreros de antaño y los de hoy», en el que hizo un concienzudo paralelo entre dos épocas de la tauromaquia.

La circunstancia de cojer a placer aquel floreciente período en que Montes, Redondo y otros lidiadores de fama practicaban el arte con sujeción

a las reglas conocidas hasta entonces en toda su pureza y sin apuntar ni iniciar siquiera los relumbros que más tarde le habían de mixtificar, provocó en Sánchez de Neira la devoción por aquel toreo clásico y serio, en la que no se remitió ni un solo paso durante el resto de su vida. Y porque según él en la tauromaquia la representación de la vergüenza y de la verdad estaba encarnada en el coloso Salvador Sánchez Frascuelo, fué durante los últimos años de su dilatada existencia su más encendido partidario, su exaltado defensor y su leal amigo.

Al iniciar «La Lidia» su publicación, Sánchez de Neira halló en esta gran revista nuevo campo para la exposición de sus profundas doctrinas tauromáquicas, y a partir de entonces los aficionados contaron con una opinión autorizada y de mayor excepción en la materia. Y cuando en el mes de abril del año 1897 apareció el primer número de «Sol y Sombra», pasó a forma; parte de su Redacción, designándosele para ejercer la crítica de los festejos que se celebraban en la desaparecida Plaza de toros de Madrid; y las líneas que siguen corresponden a parte de la primera reseña que hizo para tan popular semanario, de la corrida celebrada el día 18 de abril de 1897, en la que tomaron parte los espadas Mazzantini, Fuentes y «Bombita». Empezaba así:

«Siempre que de corridas de toros se trata, el pueblo de Madrid olvida penas y angustias; y en los días anteriores el en que vió la luz el cartel de abono contaba ya con los nombres del indispensable Mazzantini, del famoso «Guerrita», del valiente «Reverte», del aventajado «Bombita» y de los apreciados Fuentes y «Bonarillo». La animación crecía por momentos, dábse de mano a los quehaceres habituales y en calles, corros y plazas comentábase la suerte del empresario, que al lograr la contrata de tales diestros y presentarlos en el último año de arrendamiento del circo, ha echado la casa por la ventana, como diciendo a la que le suceda al año próximo: «Ahí queda eso».

Sin embargo, no faltaron aficionados a quienes parecieron prematuras esas alegrías, mientras no supiesen claramente las combinaciones que con tal baraja de diestros haría don Bartolo; y el gobernador de la provincia, haciéndose intérprete de tan justa aspiración, no sancionó el cartel hasta que se fijaron los días en que se celebrarían las corridas, los en que trabajará «Guerrita» y otros pormenores importantes. Algo es algo; pero el haber permitido que se verifiquen funciones de abono en días laborables, es un abusivo precedente que más de una vez se ha de sentir; y si no, al tiempo.

Para no ser motejada de perezosa, la Empresa hizo anunciar por carteles, con OCHO días de anticipación, la corrida con que se proponía inaugurar la temporada, expresando que en ella serían lidiados seis toros de la ganadería que hoy pertenece a la viuda de don Carlos López Navarro, vecino de Colmenar Viejo, por las cuadrillas de Mazzantini, Fuentes y «Bombita». Efectivamente, el día 18, a las cuatro en punto de la tarde, presidiendo don Isidro Urbano, que en seguida saludó al inmenso gentío que llenaba las localidades, hicieron el despejo los alguaciles y luego el paseo las cuadrillas, para quienes no

faltaron los aplausos, un ministril «corrió» la llave, dándosele al «parvulito» Albarrán y empezó la corrida. ¿Cómo fué ésta?

Hubo de todo, como en botica. Más malo que bueno.

Empezando por el ganado, que, abanto, cobarde, receloso y huído, no permitió a los diestros lidiarle a conciencia y que no debió nunca la dueña destinar el redondel de Madrid; continuando con los picadores y banderilleros, que ninguno hizo otracosa que de contar sea, aunque hubo alguna vez en que, sin saber por qué, los aplaudieron; sin omitir que el segundo buey saltó la barrera y persiguió al teniente visitador municipal, don Nicolás Rivas, que debe su salvación a la proximidad de un burladero y a la oportunidad con que desde el estribo exterior de las tablas arrojó al toro capote y montera el espada Mazzantini; y dejando para el final el relato del vergonzoso escándalo promovido al ser lidiado el último manso, veamos el trabajo de las figuras principales, disculpable hasta cierto punto con un «ganao» tan «perdío».

Don Luis despachó a su primero con un soberbio volapié en las tablas, tan magistralmente ejecutado, que ni «Costillares» pudo darle mejor; en corto, por derecho, haciendo humillar el buey con la muleta e introduciendo el estoque al mismo tiempo en lo alto de la cruz y saliendo ceñido al costado de la res, consumó la mejor estocada de la tarde. Al segundo bicho suyo no quiso o no acertó a matarle bien; como le hubiera pinchado, frente a las tablas del tendido no, sin lograr asegurarle, tuvo precisión de herir de nuevo y lo hizo con los terrenos cambiados y tan mala suerte, que la estocada resultó en el pescuezo. ¿Por qué? Porque olvidó el diestro que aquel toro tan cobarde se tapaba en banderillas desde el primer par, y claro es que, colocado a más distancia de la conveniente, el buey le vió llegar, se tapó, y a la cobardía de tan mala res debe el valiente espada no haber sido arrollado, porque se metió en el terreno del toro tan por derecho, que el choque era inevitable a no cejar o pararse uno de los dos. En lo demás estuvo Mazzantini deficiente, apático y sin entusiasmo; tanteó con la muleta, siempre con la derecha (vicio feo); no paró lo que pudo parar; consintió que algunos picadores echasen los caballos en los cuernos, y estuvo indiferente en más de un quite. ¿Y aquello de tolerar que toda la cuadrilla, sin excepción de espadas, se situase a la derecha de los picadores. Incorporado como queda dicho a la Redacción de «Sol y Sombra» desde su fundación, escribió para el mismo gran número de trabajos en prosa y verso, titulado al último que salió de su pluma «Historias de Pedro Romero», que apareció dos días después de su fallecimiento, ocurrido en Madrid el día 4 de enero de 1898.



Frascuelo



Mazzantini



Fuentes



Emilio Torres «Bombita»

Muy antiguo y muy moderno...

Un cognac de ayer para el gusto de hoy.



VALDESPINO
JEREZ

POR ESPAÑA Y AMÉRICA

Han regresado los matadores de toros Antonio Bienvenida y Paco Lara.—«Machaquito», operado.—«Camará», agricultor.—«Cañitas», Carlos

Arruza, Jorge Medina y Fermín Rivera cortaron orejas en Méjico



Rafael González, «Machaquito», que se encuentra enfermo de gravedad

El pasado sábado llegó de Hispanoamérica el famoso matador de toros Antonio Bienvenida, acompañado de su padre. Antonio ha hecho una gran campaña y vuelve decidido a repetir sus actuaciones triunfales. Sea bien venido.

—Tras larga ausencia, ha regresado a España el matador de toros Paco Lara. Deseamos muchos éxitos al torero gaditano.

—El día 29 de febrero, fiesta de la Magdalena, se celebrará en Castellón de la Plana la primera corrida de la temporada. Se lidiarán toros de Manuel González y actuarán el duque de Pinhermoso, Pepe Luis Vázquez, «El Choni» y Pepín Martín Vázquez.

—En el Club Taurino Madrileño pronunció el pasado sábado su anunciada conferencia el crítico taurino de Radio Madrid, don Carlos de Larra, «Curro Meloja». El conferenciante fué presentado por el crítico de «Asán» don José Ródenas. «Curro Meloja» revivió una serie de «estampas» publicadas en su prestigiosa revista taurina radiofónica «Tauromaquia». La conferencia, muy amena, documen-

tada e interesante, fué subrayada en muchos pasajes y al final por el encendido aplauso del público que llenaba el salón de conferencias del Club Taurino Madrileño.

—El domingo se sintió repentinamente enfermo en Córdoba, donde reside, el que fué popularísimo matador de toros Rafael González, «Machaquito». Se le apreció una perforación intestinal, y por la tarde le fué practicada una delicadísima operación qui-



Grupo formado por los toreros españoles Paquito Muñoz y «Parrita», acompañados de sus padres respectivos y algunos miembros de sus cuadrillas, vistos a su llegada a Nueva York, camino de América del Sur, donde actuarán (Foto Ortiz)

rúrgica. El estado del paciente era, ellunes, satisfactorio.

—La productora cinematográfica Cifesa va a rodar, bajo la dirección de Lucía, una nueva versión de «Currito de la Cruz». Cifesa está en tratos con Pepín Martín Vázquez para que éste se encargue del papel de protagonista.

—Los novilleros Agustín Boto, «Regaterín», y Pepe Luis Núñez han nombrado apoderado al conocido hombre de negocios taurinos don Ricardo Lapeira.

—El novillero Paco Agudo se encuentra en Salamanca, a donde ha marchado para comenzar su adiestramiento para la próxima temporada.

—En Hellín, su pueblo natal, le ha sido ofrecido un homenaje al novillero Antonio Torrecillas.

—José Flores, «Camará», el que fué matador de toros y más tarde popularísimo apoderado de «Manolete», ha comprado una finca de labor en el término de Carmona (Sevilla). Parece que «Camará» trasladará su residencia a Carmona y en adelante se dedicará a cultivar su finca.

—La ganadería de don Luis Lacalle ha sido vendida, con hierro y divisa, a don Antonio Jiménez y Jiménez.

—El pasado día 6 se celebró en la Plaza El Toreo, de Méjico, una corrida de toros. Se lidiaron cinco toros de Torrecilla y uno de Zotoluca. El ganadero regaló dos toros, que fueron estoqueados por Silverio Pérez y Luis Procuna. Silverio toreó bien con el capote al primero, pero con la muleta no cuajó faena. Al cuarto, que fué manso, lo toreó bien con capote y muleta y lo mató bien. En el séptimo estuvo magnífico con capote y muleta y mató pronto. Dió tres vueltas al ruedo. Luis Procuna estuvo bien con el capote en el segundo, mal con la muleta y muy mal con el estoque. La lidia del quinto, que fué protestado, transcurrió en un escándalo. Cayeron al ruedo muchas almohadillas y otros objetos, y Procuna

acabó de cualquier manera. En el octavo Procuna entusiasmó al público, y ligó una faena inmensa. Estuvo pesado con el estoque y por ello no cortó oreja. «Cañitas», que reaparecía, se lució con el capote en el tercero. Puso tres magníficos pares de banderillas, que le valieron tres ovaciones. Brindó al diestro portugués Manuel de los Santos, que ocupaba una barrera, y fué ovacionado. Después de una buena faena, mató de una estocada superior. Cortó la oreja y dió la vuelta al ruedo. En su segundo, muy quedado, cumplió.

—El domingo, día 11, con un lleno total, se celebró una corrida de toros en la Plaza El Toreo, de Méjico. Se lidiaron reses de La Punta. «Armillita» perdió la oreja del primero por pinchar tres veces.

En el cuarto cumplió. Carlos Arruza estuvo muy bien en el segundo, pero intentó varias veces el descabello y perdió la oreja. Oyó protestas por no querer banderillar al quinto. Hizo en este toro una faena portentosa y mató de una superior. Cortó las dos orejas y dió dos vueltas al ruedo. Jorge Medina, que pasó sin pena ni gloria en el tercero, cortó una oreja del sexto.

—En la Monumental de Méjico se celebró el domingo una corrida de toros. Menos de media entrada, Toros de Xajay para Fermín Rivera, «Calesero» y «Ahijado del Matadero». Rivera se lució con la muleta en el primero, mató bien y cortó una oreja. En el cuarto cumplió. «Calesero» no pasó de regular. «Ahijado del Matadero» oyó pitos.

—El pasado lunes salieron de Miami en avión, rumbo a Barranquilla, para seguir viaje a Bogotá, los matadores de toros «Parrita» y Paco Muñoz.

—Por vía aérea, y acompañado de su esposa, partirá el próximo domingo, con dirección a Colombia, el matador de toros Domingo Ortega.

—El pasado jueves, en el teatro Fontalba, pronunció su anunciada charla el crítico taurino de Radio España, de Barcelona, Julio Gallego.

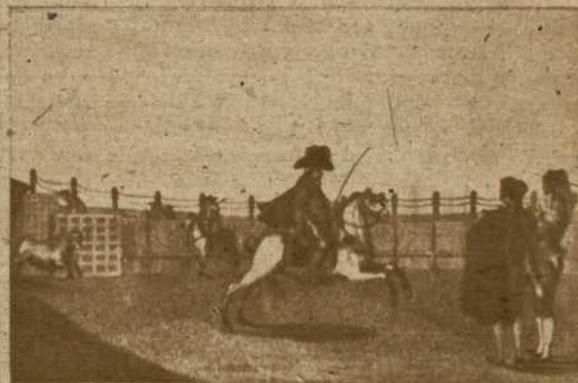
El tema versó sobre la vida y muerte de «Manolete», y fué tratado con singular acierto y maestría por Julio Gallego.

Un éxito de verdad se apuntó nuestro querido compañero.

B. B.

Nuestra contraportada

LA «TAUROMAQUIA» de CARNICERO



La «Tauromaquia», del pintor y grabador Antonio Carnicero, es, puede decirse, el punto de arranque del dibujo auténticamente taurino. Nuestro colaborador Mariano Sánchez de Palacios ha trazado en el último número de EL RUIDO la semblanza de este insigne artista nacido en Salamanca hace ahora justamente doscientos años.

Deseosos de incorporar a esta Revista todos aquellos documentos que contribuyan a concebir la historia y explicar el prestigio y el arraigo de la Fiesta de Toros, comenzamos a publicar en nuestras contraportadas la colección de láminas de Carnicero, dibujos interesantes en cuanto a ejecución, gracia e ingenuidad y que reflejan con acierto todas y cada una de las suertes del toreo.

Frías Dominguin

FABRICANTE

FRANCISCO DELGADO

RUTE

CORDOBA

LOS MATADORES DE NOVILLOS Y SU PRESENTACION EN MADRID

(CONTINUACION)

Año 1894



Juan José Durán, «Pipa»

2 de febrero.—**JUAN JOSE DURAN (PIPA)**.—Alternó con Gavira y Aransáez; el primer novillo que estoqueó fué «León», número 13, colorado, de don Esteban Hernández; vistió un terno azul y negro.

11 de marzo.—**JOSE PASCUAL (SAPIN)**; que después usó el apodo de «Valenciano».—Estoqueó el novillo «Capitán», berrendo en negro, de don Vicente Martínez; vistió un terno café y plata.

18 de marzo.—**MANUEL MORALES (MAZZANTINITO)**.—Alternó con Gavira y «Maera»; el primer novillo que estoqueó fué «Requejo», negro, de Ruiz Cabal; vistió un terno hoja seca y plata.

18 de marzo.—**BARTOLOME JIMENEZ (MURCIA)**.—Estoqueó un novillo de don Isidro Esteban, rejoneado por doña Matilde Vargas; vistió un terno verde y oro.

29 de junio.—**JOSE VILLEGAS (POTOCO)**.—Alternó con «Bebé Chico» y «Maera» en la lidia de seis novillos de don Esteban Hernández; vistió un terno café y oro.

15 de julio.—**JOSE MARTINEZ (TREMENDO)**.—Alternó con «Bebé Chico» y «Conejito»; el primer novillo que estoqueó fué «Carbonero», negro, de don Vicente Martínez; vistió un terno grosella y plata.

9 de septiembre.—**JOSE RIOS PEINADO**.—Alternó con José Machío y «Bebé Chico»; el novillo primero que estoqueó fué «Culebro», número 5, cárdeno, de don Juan Vázquez; vistió un terno café y plata.

21 de septiembre.—**MANUEL RUIZ (EL NENE)**.—Alternó con «Picalimas» y «Bernalillo»; el primer novillo que estoqueó fué «Pocapenas», negro zaino, de Miura; vistió un terno bronce y oro.

21 de septiembre.—**JOAQUIN GARCIA (PICALIMAS)**.—Alternó con el «Nene» y «Bernalillo»; el primer novillo que estoqueó fué «Gitano», número 2, retinto, de Arroyo; vistió un traje azul y plata.

21 de septiembre.—**FRANCISCO BERNAL (BERNALILLO)**.—Alternó con el «Nene» y «Picalimas»; siendo «Colchonero», número 14, colorado, de Arroyo, el primer novillo que estoqueó; vistió un traje corinto y oro.

18 de noviembre.—**QUIRICO MARTIN**.—Alternó con «Villita» y «Bernalillo»; el primer novillo que estoqueó fué «Vinagre», colorado, de Bertólez; vistió un traje morado y negro.

Año 1895

10 de marzo.—**JOSE GARCIA (ALGABEÑO)**.—Alternó con Francisco Piñero, Gavira; el primer novillo que estoqueó fué «Serranito», número 49, de Saltillo; vistió un traje lila y oro.



José García, «Algabeño»

17 de marzo.—**ANTONIO HARO (MALAGUEÑO)**.—Alternó con «Jerezano»

y «Villita», siendo el primer novillo que estoqueó «Peinado», número 44, cárdeno, de Udaeta; vistió un terno verde y oro.

25 de marzo.—**VALENTIN CONDE**.—Alternó con Antonio Haro (Malagueño) en la lidia de cuatro reses de don Pedro Barranco; vistió un traje lila y oro.

22 de agosto.—**ANGEL GARCIA PADILLA**.—Alternó con «Mancheguito» y Gavira; el primer novillo que estoqueó fué «Canito», negro, de don José Navarro; vistió un terno azul y oro.

12 de septiembre.—**DOLORES PRETEL (LOLITA) y ANGELA PAGES (ANGELITA)**, espadas de la cuadrilla de señoritas toreras.—Lidieron dos becerros de Anguar y vistieron terno verde y oro y canela y plata, respectivamente.

12 de septiembre.—**ALEJANDRO ALVARADO (ALVARADITO)**.—Alternó con Juan Antonio Cervera, y no llegó a estoquear por resultar cogido en el primer toro.

19 de septiembre.—**JUAN BUZON (PATATA) y JOSE HUGUET (MELLAITO)**.—Espadas de una cuadrilla de niños barceloneses, que lidieron cuatro novillos innominados.

10 de noviembre.—**ANTONIO GUERRERO (GUERRERITO)**.—Alternó con Ángel García Padilla; el primer novillo que estoqueó fué «Molinero», negro, bragado, de Veragua; vistió un traje grana y oro.

8 de diciembre.—**ALBERTO ROJAS (COLON)**.—Alternó con Domingo del Campo (Dominguín), y siendo «Clavellino», número 58, retinto, de Mazpule, el primer novillo que estoqueó; vistió un terno encarnado y oro.



Diego Rodas, «Morenito de Algeciras»

Año 1896

6 de enero.—**FRANCISCO CAYUELA (ROLO)**.—Lidió novillos de Mazpule en unión de Bartolomé Jiménez (Murcia); vistió un terno verde y oro.

19 de enero.—**RAMON LABORDA (CHATO DE ZARAGOZA) y ALFREDO NUÑEZ (NUEVO TATO)**.—Lidieron cuatro novillos de Mazpule y vistieron trajes hoja seca y plata y azul y oro, respectivamente.

1 de marzo.—**DIEGO RODAS (MORENITO DE ALGECIRAS)**.—Actuó con «Tortero» y Gavira; el primer novillo que estoqueó fué «Pandereto», negro, de Veragua; vistió un terno corinto y oro.

8 de marzo.—**MANUEL PEÑALVER BADILLO**.—Alternó con Gavira y Padilla en la lidia de seis novillos de don Jacinto Trespacios; vistió un terno verde y oro.

15 de agosto.—**FAUSTINO FRUTOS (EL MORENO)**.—Alternó con Saturnino Aransáez en la lidia de cuatro novillos de Arroyo; vistió un terno grana y oro; además actuaron en dos becerros las señoritas toreras.

30 de agosto.—**CARLOS GASCH (FINITO)**.—Alternó con «Pepe Hillo» y «Bebé Chico»; el primer novillo que estoqueó fué «Calesero», negro, de Palha; vistió un traje verde y oro.

22 de noviembre.—**CANDIDO MUÑOZ (PULGA DE TRIANA)**.—Alternó con José Moyano en la lidia de cur-

tro novillos de don Ildefonso Gómez; vistió un terno lila y oro.

Año 1897

7 de febrero.—**MAXIMILIANO JIMENEZ (JUMILLANITO)**.—Estoqueó un novillo, al que antes había rejoneado en bicicleta; vistió un terno morado y negro.

14 de febrero.—**MANUEL MARTINEZ PALACIOS**.—Estoqueó un novillo de Puente López, que había sido rejoneado por don Mariano Ledesma; vistió un terno grana y oro.

7 de marzo.—**RICARDO TORRES (BOMBITA CHICO)**.—Alternó con Juan Domínguez (Pulguita Chico); el primer novillo que estoqueó fué «Espejito», negro, bragado, de don Alejandro Arroyo; vistió un terno café y oro.

7 de marzo.—**JUAN DOMINGUEZ (PULGUITA CHICO)**.—Alternó con «Bombita Chico»; el primer novillo que estoqueó fué «Chamorro», negro, de Arroyo; vistió un traje bronce y plata.

29 de agosto.—**FELIX VELASCO**.—Alternó con Gavira y Padilla; el primer novillo que estoqueó fué «Macetillo», número 75, negro, de Ibarra; vistió un terno verde y oro.

5 de septiembre.—**FRANCISCO PEREZ (NAVERITO)**.—Alternó con «Dominguín» y Padilla; el primer novillo que estoqueó fué «Ciervo», castaño, de Veragua; vistió un traje corinto y oro.

5 de diciembre.—**ANTONIO BOTO (REGATERIN)**.—Alternó con Juan Domínguez (Pulguita Chico), siendo «Manzanito», retinto, de don Teodoro Velle, el primer novillo que estoqueó; vistió un terno grana y oro.



Antonio Boto, «Regaterin»

Año 1898

6 de enero.—**CRISTOBAL FERNANDEZ (PELLA) y JOSE MEDIAVILLA Y LIÑAN**.—Alternaron en la lidia de cuatro novillos de Tabernero y vistieron de morado y plata y de corinto y oro, respectivamente.

30 de enero.—**JOAQUIN LEONAR y SEVERIANO GARCIA (ALMENDRITO)**.—El primer novillo que estoqueó aquél en Madrid era de la ganadería de don Félix Gómez y de don Vicente Bertólez el del otro espada; vistieron de morado y plata y de grana y oro, respectivamente.

30 de enero.—**MANUEL CORZO (CORCITO)**.—Alternó con José Pascual (Valenciano); el primer novillo que estoqueó fué «Barquero», colorado, de Bertólez; vistió un traje corinto y oro.

2 de febrero.—**ANTONIO OLMEDO (VALENTIN)**.—Alternó con «Jerezano» y «Bombita Chico», siendo «Mallorquino», negro, de Veragua, el primer novillo que estoqueó; vistió un traje negro y oro.

13 de febrero.—**VICENTE PASTOR (CHICO DE LA BLUSA)**.—Alternó con Félix Velasco y Antonio Olmedo (Valentín); el primer novillo que estoqueó fué «Molinillo», negro, de Veragua; vistió un terno verde y plata.

27 de febrero.—**EDUARDO ALBANSANZ (BONIFA)**.—Alternó con «Valenciano» y Velasco; el primer novi-

llo que estoqueó fué «Camisote», castaño, de Palha; vistió un terno celeste y oro.

24 de julio.—**EDUARDO LEAL (LLAVE-RITO)**.—Alternó con «Corcito» y «Vaquerito». El primer novillo que estoqueó fué «Javalero», berrendo en negro, de Moreno Santamaría; vistió un traje café y oro.



Vicente Pastor

24 de julio.—**JOSE AGUILAR (VAQUERITO)**.—Alternó con «Corcito» y «Llaverito». El primer novillo que estoqueó fué «Caviloso», berrendo en colorado, de Moreno Santamaría; vistió un terno azul y oro.

14 de agosto.—**ANTONIO ORTIZ (MORITO)**.—Alternó con «Mancheguito» y «Alvaradito», siendo «Botijo», berrendo en negro, de Udaeta, el primer novillo que estoqueó; vistió un terno verde y oro.

8 de septiembre.—**RAFAEL GONZALEZ (MACHAQUITO)**.—Alternó con «Lagartijo Chico», que era el otro espada de la cuadrilla de niños cordobeses. El primer novillo que estoqueó fué «Conejo», negro, meano, de Veragua; vistió un terno plomo y oro.

8 de septiembre.—**RAFAEL MOLINA (LAGARTIJO CHICO)**.—Alternó con «Machaquito», siendo «Lechuzo», negro, de Veragua, el primer bicho que estoqueó en esta Plaza; vistió un terno grana y oro.

13 de noviembre.—**ANTONIO MONTES**.—Estoqueó él solo cuatro novillos de Veragua, vistiendo un traje azul y oro.

4 de diciembre.—**JUAN MATEO (JUANQUI)**.—Alternó con Antonio Haro (Malagueño) en la lidia y muerte de cuatro novillos de don Ildefonso Gómez; vistió un terno azul y oro.

18 de diciembre.—**MANUEL MEJIAS (BIENVENIDA)**.—Estoqueó dos becerros de Torres, siendo el del debut «Chamorro» de nombre; vistió un terno grana y plata.

25 de diciembre.—**RAMON NAVARRO (EL MORO)**.—Mató un novillo embolado. Este diestro fué anunciado por haberse lucido como espontáneo en una de las novilladas anteriormente celebradas.

Año 1899

8 de enero.—**FRANCISCO APARICI (PACO FABRILLO)**.—Alternó con Antonio Olmedo (Valentín). El primer novillo que estoqueó fué «Currito», negro, bragado, de don Ildefonso Gómez; vistió un terno grana y oro.

23 de enero.—**GREGORIO TARAVILLO (PLATERITO)**.—Estoqueó dos becerros de don Mariano Torres; vistió un traje grana y oro.

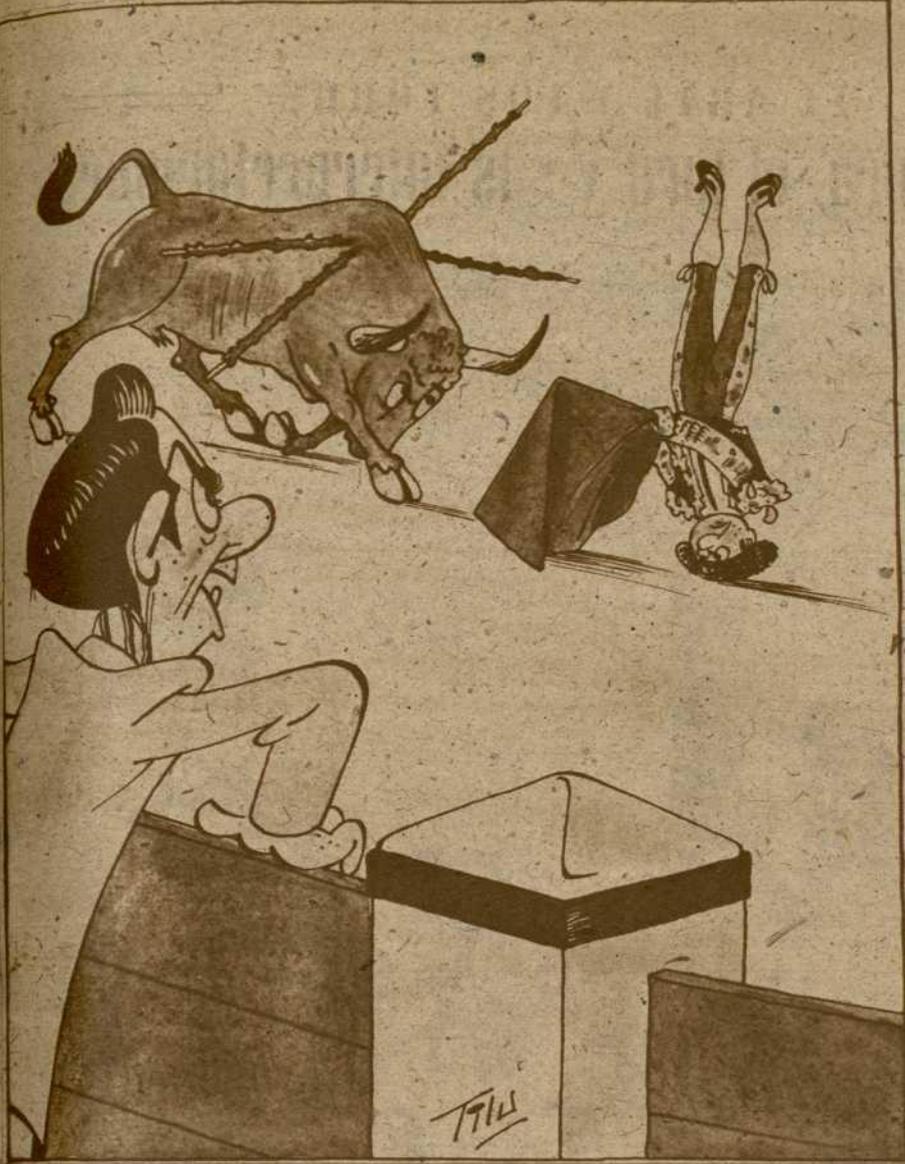
15 de mayo.—**RAFAEL GOMEZ (GALLITO)**.—Alternó con Manuel Molina (Algabeño Chico), y los novillos fueron de Veragua; vistió un terno morado y oro.



Rafael Gómez, «Gallito»

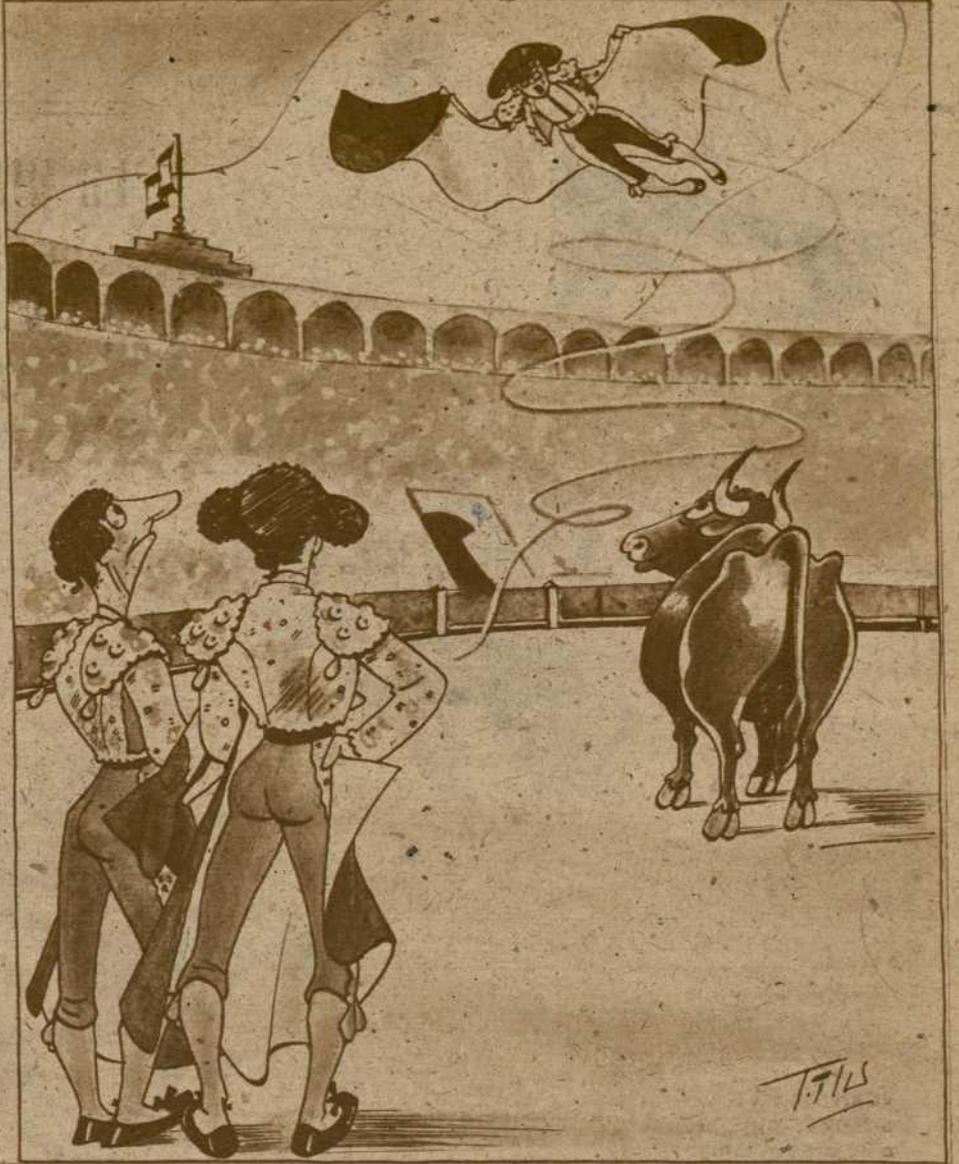
(Continuará)

CUATRO REFritos DE TOROS, por Tilù



MALA INTERPRETACION

—¡No, hombre, no...; te dije que metieses los pies en la montera, pero no la cabeza...!



SUPERACION

—¡Clarol, ha querido perfeccionar el quite de la mariposa...



COSTUMBRE

—¡Eh...! ¿Queda libre...?

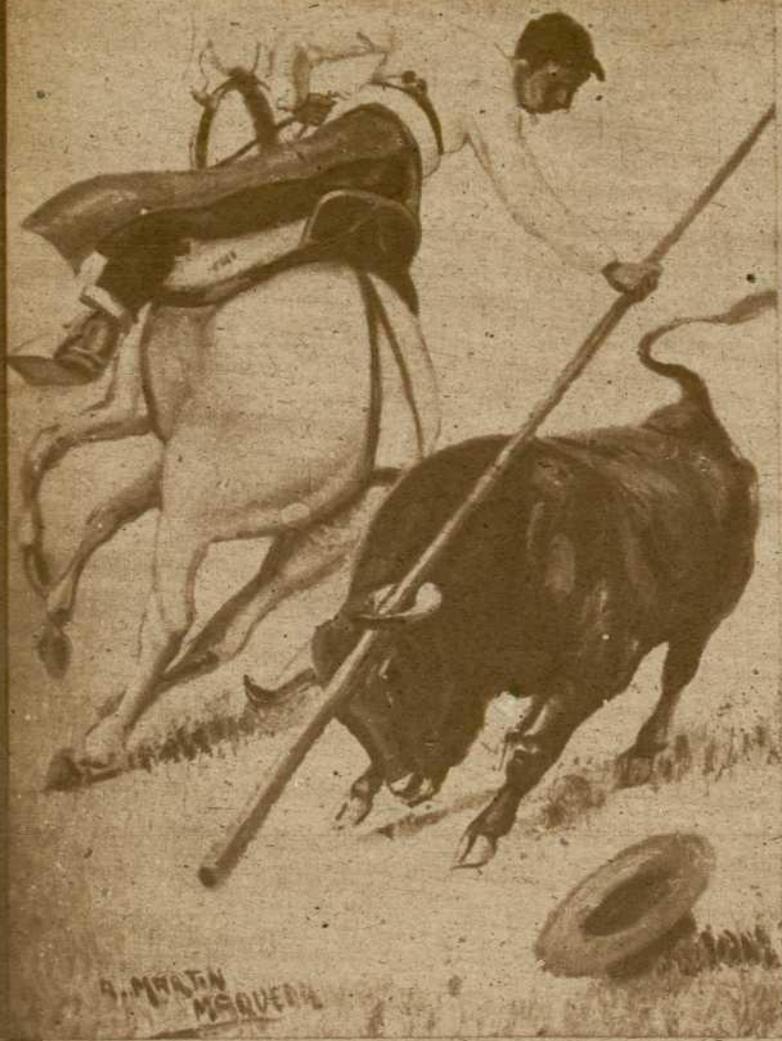


PRESUNCION

—Sí, éste, cuando lo maté, pesó treinta y dos arrobas, pero es que lo dise-caron cuando era becerro...

EL ARTE Y LOS TOROS

La pintura, el toro y sus interpretaciones



«Garrochista en peligro», óleo del notable pintor Martín Maqueda

«Derrotando! Apartado», cuadro del excelente pintor castumbriista González Marcos



NO es la primera vez que nuestra pluma se mueve para hablar del toro bravo y de sus varias interpretaciones en la pintura. Tenía que ser así, porque siendo concretamente el toro fundamental en el arte pictórico taurino, no podíamos eludirlo aisladamente, tantas veces como en la búsqueda o análisis de la obra artística habíamos tropezado con él, traído por los pinceles expertos de Elbo, Durá, Joaquín Díez, Juliá y tantos otros que al toro dedicaron exclusivamente parte de su labor. Por lo general, el pintor, paisajista las más de las veces y amante de la pintura al natural, encontró, sin querer, sin proponérselo, a la fiera en el campo, en libre y plácido contacto con la Naturaleza, tal vez porque, buscando la luz y el paisaje, la auténtica verdad de la vida, la nota brillante del color —el verde variadísimo de los prados y el azul limpio del cielo—, le pareció oportuno romper la relativa monotonía del campo, siempre interesante y sugestivo, con la nota fuerte y vigorosa de unos astados pastando. Notas con tintes bucólicos, si no prejujara la sombra trágica del futuro y, más aún, peligrosa del presente. Sin embargo, no es preciso insistir en ello, el toro es uno según los momentos especialísimos de su vida en los que se le capte y traslade al lienzo. Y así vemos cómo su estampa cambia y se modifica, se va transformando a compás de las fases primordiales de su corta existencia para la lidia, que comienza con la preparatoria de la tiente y acaba cuando el toro dobla su cerviz en el ruedo por efecto de una soberbia estocada o del golpe certero y hábil de la puntilla.

¿Cuál aspecto interesa más al pintor? ¿El de la mansedumbre o el de la fiera incontinida y manifiesta? Verdaderamente, que el toro en libertad acusa una perfección de líneas, una belleza estética que no puede obtenerse con ese otro momento de soberana y magnífica acometividad o fiera

que le caracteriza; pero si hemos de ver, no sólo ya el tema, sino el aspecto taurino de buenos aficionados a la Fiesta, ¡qué belleza, qué grandiosa elocuencia pictórica en el toro embistiendo, buscando insistentemente el cuerpo que se oculta o se soslaya tras la roja percalina! ¡Qué momento el del toro cuando toma la puya, cuando acomete con una impetuosidad de bien manejada catapulta a caballo y jinete, que se tambalean y vacilan ante el brusco y peligroso empuje del ejemplar mejor o peor seleccionado de la ganadería!

En el montón, todavía sin terminar de clasificar, de mi archivo, brillan y lucen infinidad de fotografías con sus notas y apuntes correspondientes. Pintores hay del XVIII, del XIX y del presente y pródigo siglo. Cuadros de ayer y de hoy, tal vez de ahora y de siempre. Obras de arte de un pasado glorioso y de un presente notable que revalidará el tiempo. Toda una labor artística de unas épocas en

la que la presente sirve de enlace o puente entre lo que «fué» y lo que ha de «venir». La transición normal y evolutiva entre un clasicismo —Carnicero y Goya— y un futurismo —Solana, Vázquez Díaz y Picasso—, pasando por los pintores normales que adoptaron el Arte sin deformidades y excentricismos, es decir, dejándose llevar por una corriente reflejo de un plácido y sereno temperamento. Nada de tergiversaciones, de lucubraciones, sino al pan, pan, y al vino, vino. Y en casi todos los cuadros los de unos y otros, de los naturalistas o vanguardistas —tal vez oportunistas—, el toro, el toro como motivo imprescindible del lienzo, como base fundamental para la realización taurómaca de la obra artística. Al azar he cogido la fotografía de tres cuadros que representan tres momentos de la fiera. El toro en el campo (el encierro), el apartado en los corrales de la Plaza y el toro fiero y acometedor en el mismo ruedo, última fase de su vida, cuando ya

próximo a doblar, aun mira con cierta soberana altanería y superioridad a los tendidos, teniendo a los pies a una de sus víctimas. Tres momentos que señalan y recogen con verdadera precisión y acierto los tres aspectos fundamentales de la vida del toro: tres aspectos que son como el «ralentio» de una vida que al fin y al cabo se ofrece al arte de las corridas. Un arte que se emparejó con la pintura, aunque no todos los pintores puedan llamarse artistas. Que la pintura también está hecha muchas veces, como la vida, de burdas y engañosas mentiras.

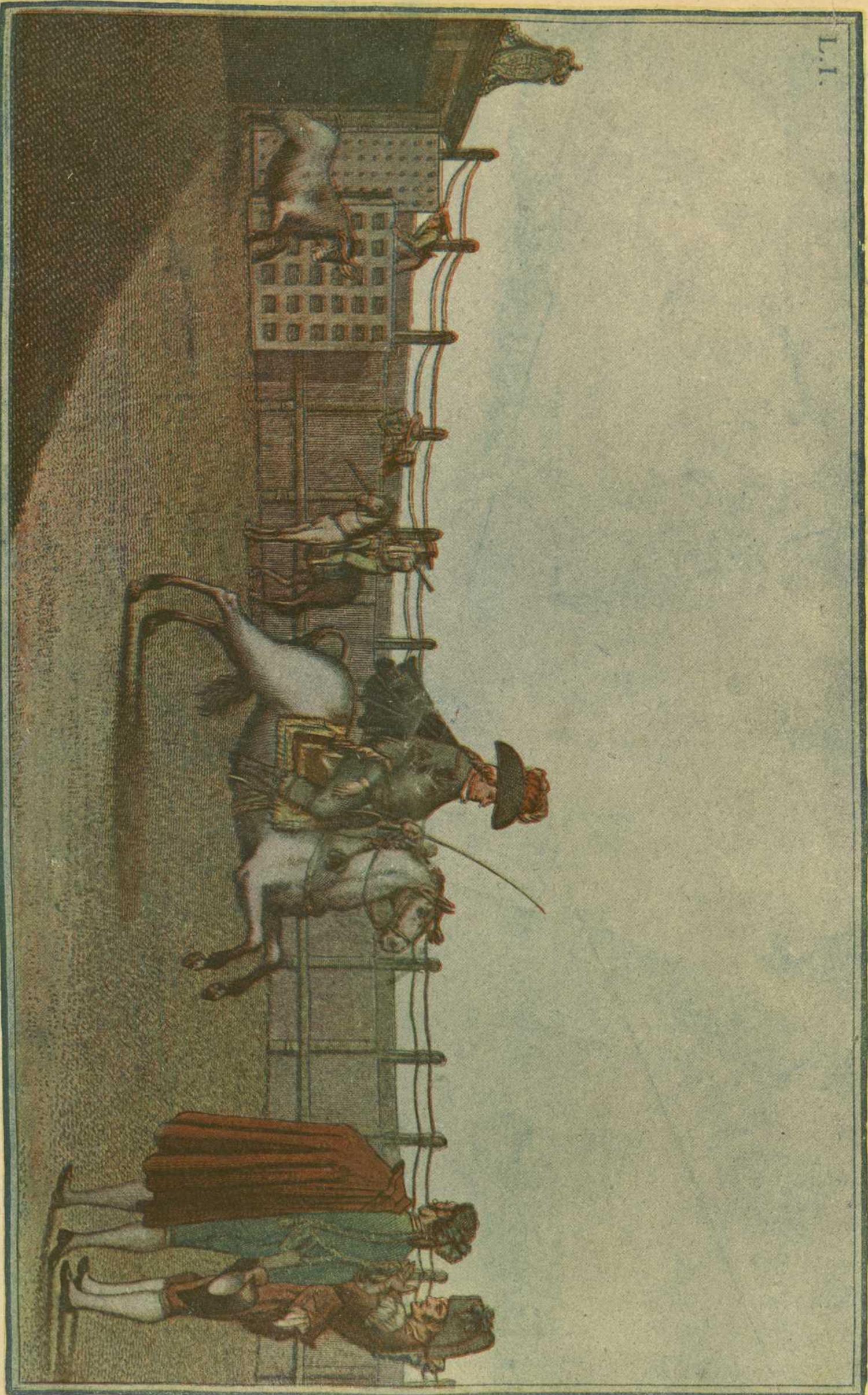
MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«Incidente de lidia», cuadro de José Brea, notabilísimo artista valenciano (1832-96) que pondrá en sus obras el tema taurino



Se partió la puya...



«La corrida de toros», realizada por Antonio Carnicero y grabada por Luis Fernández Noseret (Lámina I)